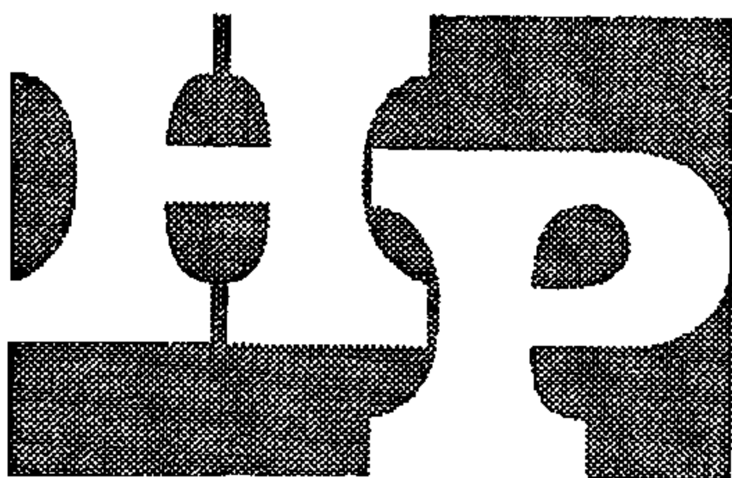


Keith Luger

UN ATAUD PARA EL CHICO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UN ATAUD PARA EL CHICO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 128
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 16931-1972

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: jun. , 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

John Dolan miró a través de las vidrieras y vio a la mujer que acababa de llegar a la esquina.

—Apuesto a que Matt y Mary se han peleado otra vez —dijo el anciano sentado al otro lado de la estancia, levantando la cabeza hacia John.

—¿Cómo lo sabes, muchacho?

Dolan señaló con un gesto.

—Ahí la tienes. Va cargada con la maleta.

El anciano se incorporó al tiempo que emitía un gruñido. Se acercó a las vidrieras.

—Maldita sea —dijo—. Hay gente que ha nacido sin cabeza.

Los dos hombres siguieron con la mirada a la joven.

Mary taconeaba en la acera. Estaría por los veinticinco años. Era bonita, de curvas pronunciadas y grandes ojos. Tenía el rostro ligeramente pálido y crispado.

El viejo entornó los ojos para enfocarla mejor.

—Seguro que se han peleado por lo de siempre.

—Sí, Howard. Esta vez, la borrachera de Matt habrá sido fuera de serie.

—Me pregunto dónde estará ese cabeza de chorlito —gruñó el viejo Howard. Chascó la lengua y agregó—: Acabarán mal. Siempre dije que acabarían mal. Un tipo debe saber la hora de separarse del vaso. Sobre todo, el que con un par de cargas está en peligro de irse al suelo.

—Sí.

—Y mucho más si la esposa tiene un olfato de lobo. Las hay que huelen el aliento de su marido desde un par de millas.

De pronto, el joven señaló al otro extremo de la calle.

—Fíjate, Howard. Ahí aparece Matt.

Los dos hombres observaron a un hombre que asomaba medio cuerpo por una esquina tratando de no ser visto por la mujer, al mismo tiempo que procuraba mantenerse en pie.

—¡Infiernos, muchacho! ¿No te lo dije yo? Matt ha empinado el codo de lo lindo.

En aquel instante, Matt dio un traspié y trastabilló en la acera de madera.

Mary se detuvo en seco y volvió lentamente la cabeza.

El viejo Howard rió pesarosamente.

—La escena de siempre —dijo—. Matt como una cuba y Mary con la maleta a cuestas.

John entrecerró los párpados mirando alternativamente a los esposos.

—Si Matt diera una corrida y alcanzara a su mujer, apuesto a que terminarían con esa situación.

—Son orgullosos —gruñó el viejo.

John apretó los puños.

—Vamos, Matt —dijo, aunque el hombre de la esquina no podía oírle—. Acércate a ella.

¿No ves que te espera, infiernos?

El beodo pareció recibir el mensaje por telepatía. Extendió una mano flojamente.

Pero lo hizo un poco tarde.

Mary reanudó el paso en dirección a la estación.

El silbato del tren rasgó la atmósfera.

John y Howard seguían las incidencias con tal interés que al escuchar el silbido de la máquina respingaron sobresaltados.

—Corre, condenado. ¡Corre! ¿No ves que se te escapa?

John arrugó el gesto.

—Lo peor es que alguna vez será la última que Mary salga de Rover Hill. Un día, ese tarugo de Matt la perderá para siempre.

—¡Corre…! ¡Corre y atrápala, imbécil! —Howard empezó a danzar de impaciencia. La mujer de la maleta se detuvo en la esquina que daba a la estación. Parecía como si esperase que el hombre que había compartido la vida con ella corriese a impedirle el viaje.

Matt y Mary se miraron en silencio, a una distancia de cincuenta

yardas.

John apretó las mandíbulas.

—Sería capaz de ir allí, cogerlos por el cuello y obligarles a la reconciliación.

Howard sacudió la cabeza y sus arrugas cambiaron de dirección.

—No es cosa nuestra —dijo—. Y, si quieres que te diga algo sensato, lo mejor es que volvamos a lo nuestro. Tenemos trabajo.

—Sí. —John mantuvo la vista fija en el matrimonio mal avenido.

Howard se asombró ligeramente al ver la tensión de John. El joven parecía carecer de nervios y lo había demostrado en varias ocasiones. Ahora, un problema de orden familiar lo tenía en vilo.

De repente, John dejó escapar el aire de sus pulmones en un ruidoso suspiro.

Howard volvió la vista nuevamente hacia la calle.

Mary caminaba resueltamente hacia la estación.

Matt tendió ambas manos y sus dedos se movieron en un gesto que indicaba querer cogerla antes de que fuese demasiado tarde. De pronto, dejó caer los brazos en actitud de cansada impotencia, volvió la espalda y desapareció por donde había venido.

John sacudió la cabeza al ver que Mary alcanzaba el andén y desaparecía por un recodo.

—Tenía que ser así —dijo.

Howard soltó una exclamación.

—¡Canastos, muchacho! ¿Quién nos manda ponernos así? No somos los más indicados para ponerle remedio.

—No, Howard.

El viejo soltó un escupitajo e hizo blanco en una escupidera de latón llena de serrín.

—Somos los telegrafistas de Rover Hill. No las comadres del pueblo.

—A veces resulta difícil que se nos escapen ciertas cosas. Este puesto de telégrafo es un punto de observación de los mejores. Y con observar los movimientos de la gente se aprende mucho.

—Yo tengo poco que aprender —dijo el viejo de mal humor, y al mismo tiempo destapó una botella de *whisky* y se lanzó un trago al cuerpo—. ¿Quieres beber, muchacho? Te advierto que te sentará bien.

Dolan sacudió la cabeza negativamente.

—Vamos a seguir con el trabajo —dijo.

Se acercó al tablero de transmisiones.

El aparato de telegrafía zumbaba a intervalos y al mismo tiempo una rueda dentada accionaba el carrete que contenía, arrollada, la cinta de papel en blanco. La cinta se deslizaba a una canasta a medida que era picada por un estilete romo.

Dolan llevó la mano a la canasta y sacó el extremo de la cinta impresa.

Tomó unas tijeras y comenzó a cortar los trozos de cinta que contenían mensajes distintos. Debajo de los puntos y rayas trazaba las palabras correspondientes con un lápiz y luego dejaba las tijeras sobre una mesa para que Howard las pegase al impreso del mismo color.

El anciano maldijo por lo bajo al notar un moscardón por debajo de la nariz. Apretó un matamoscas hecho de cola de cebú y danzó soltando golpes al aire.

Después de eliminar al insecto, sentóse en el taburete y la emprendió con el pincel comenzando a pegar los mensajes.

Súbitamente, saltó en el asiento y comenzó a retorcerse de risa.

—¡Cáscaras, lo que me alegro! —exclamó, alargando el cuello.

John se volvió hacia él con el entrecejo fruncido.

—El telegrama que le mandan a Rigges es lo que te pone así. También me ha llamado la atención.

El viejo rió a mandíbula batiente.

—¡Ese badulaque de Rigges va a perder muchos dólares con la compra de ganado!

¡Dice su agente que ha bajado dos dólares por cabeza! ¡Lo dice aquí bien claro!

—No está bien reírse de las desgracias ajenas, Howard.

El viejo suspendió las carcajadas y dibujó una mueca.

—Ese tipo nunca me ha gustado nada. Sobre todo, desde aquella vez que me quiso sacudir un puñetazo por equivocarle un par de palabras en un mensaje.

—Ya recuerdo.

—Y además. —Howard se puso en pie acudiendo al lado de John—, me subleva ver a individuos que con un par de telegramas al día consiguen tanto dinero que los dólares les salen por las

pestañas.

—Los negocios son los negocios —respondió John distraídamente, y cortó un par de tiras más.

Howard gruñó por lo bajo:

—Sí, ya sé que es envidia lo que me come, pero ¿hay derecho a que la gente gane el dinero así? Lo que te digo, John. Todos los pillos tienen suerte. Y en lo que concierne a Rigges, se ve a la legua que es un pillo de siete suelas.

Una voz bien timbrada dijo entonces desde la ventanilla destinada al público:

—¿Quién habla por ahí de mí?

Howard brincó como picado por un insecto.

John alzó la cabeza y vio a Mike Rigges.

El individuo estaría por los treinta años. Era rubio, de ojos verdes, anchos hombros y elevada estatura. Sus dos puños apoyados en la tablilla de la ventanilla eran sólidos como dos mazas.

Howard soltó una carcajada de fingida alegría.

—¡Canastos, señor Rigges! ¡Precisamente estábamos hablando de usted!

Rigges sonrió desagradablemente.

—Algo de eso he oído.

—Ujú —agregó Howard—. ¡Acabamos de recibir un mensaje para usted y pensábamos servírselo ahora mismo!

Rigges no le quitaba la vista de encima.

—Dámelo. Apuesto a que son excelentes noticias.

El viejo se lo entregó.

El individuo rubio leyó el mensaje de una sola ojeada y escupió una maldición espantosa.

—¡Dos dólares de baja por cabeza…! ¡Condenación del infierno! ¿Qué clase de broma es ésta?

—Se tiene que estar a las verdes y a las maduras —dijo Howard con cara compungida, aunque por dentro la gozaba en grande.

Rigges alzó la cabeza hacia él con cierta brusquedad.

—Cierre el pico, vejestorio —dijo. Y agregó—: Si usted tuviese la culpa, como aquella vez de la equivocación, ya puede tener por seguro que le retorcería el pescuezo hasta que hiciese ¡crac!

Howard tragó saliva.

—Lo siento mucho, señor Rigges.

El rubio prosiguió después de leer nuevamente el mensaje.
—Un día voy a convertir a alguien en pasta para albóndigas.
John carraspeó y dejó de cortar tiras de papel.
—¿Por qué la tiene tomada con Howard, Rigges?
El rubio sonrió jactanciosamente.
—Procure que no la tome con usted —replicó—. Esos noventa kilos y el metro con ochenta y cinco no le servirán de nada.
John continuó acercándose lentamente.
—Lárguese de aquí ahora mismo, Rigges —dijo.
Por el rostro del rubio surcó una sombra de ira, pero se recompuso.
Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos durante diez largos segundos.
Por fin, Rigges separóse de la ventanilla y arrugó el papel.
—Ya nos veremos otro rato —dijo, sin quitar la mirada de John, y desapareció de la visual.
El joven telegrafista se pasó una mano por la cara y codeó a Howard.
—Continuemos la labor.
—¿Ves cómo ese fulano nos tiene ganas, John? —saltó el viejo, al reaccionar.
—Está irritado. Eso es todo.
Los dos hombres sentáronse en sus puestos.
El viejo Howard volvió a estremecerse de risa sin previo aviso.
John contó las palabras de una tira.
—¿De qué te ríes ahora? No hay más malas noticias para Rigges.
—Esto está bueno, John —dijo el viejo apuntando a una tira de papel—. Una vieja de Austin se comunica con el *sheriff* de aquí para que trate de dar con su marido que se escapó con una rubia. Los han visto por esta ruta.
—No somos las comadres de Rover Hill. Recuérdalo. Tú lo dijiste.
Howard arrugó la boca.
—Está bien, muchacho. Creo que lo de Matt y Mary, añadido al encuentro con el rubio Rigges, nos ha puesto de mal humor.
—Ahora has dado en el clavo, abuelo.
Los dos hombres se mantuvieron en silencio durante un buen rato.

Repentinamente, la puerta de cristales se abrió con violencia.

John y Howard giraron bruscamente sobre los asientos.

Un sujeto delgado, con la cara ensangrentada y la ropa hecha jirones, trataba de conservar la vertical asido con las dos manos al marco de la puerta.

Howard pegó un brinco.

—¡Dick, muchacho…! ¿Qué demonios…?

El recién llegado trastabilló hacia adelante y comenzó a derrumbarse.

John recorrió el espacio que los separaba en dos zancadas y lo sujetó antes de que cayera al suelo.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó con un grito.

Dick jadeó con la mandíbula caída.

—Me han dado una paliza, John.

—¿Quién? ¿Quién ha sido?

Dick alargó un brazo hacia la calle.

—El *sheriff* también ha recibido lo suyo… Los sorprendimos a la entrada del pueblo… Al *sheriff* le han atizado con un rifle en la cabeza.

John entrecerró los ojos. Dijo a Howard por un costado de la boca:

—Acerca esa silla, abuelo.

Howard dio un par de trompicones antes de acertar a buscar un asiento.

John apoyó allí al maltrecho ayudante del *sheriff*.

—¿Quiénes han sido, Dick? —volvió a preguntar.

El ayudante llamado Dick se llenó los pulmones de aire varias veces antes de responder.

—¡Peter Sastanewa, Chuck y otro fulano!

John movió las aletas de la nariz.

—¿Conque esos forajidos?

Howard lanzó un graznido.

—¿Qué tienen que ver con nosotros?

Dick se pasó la lengua por los labios.

—El *sheriff* y yo los vimos por la Colina del Olmo. Se ve que iban de paso.

Howard gruñó.

—Siguiendo la ruta.

Dick asintió prosiguiendo:

—El *sheriff* los reconoció en seguida y les dio el alto.

Howard pestañeó.

—Canastos, el viejo Flipman tiene agallas.

El ayudante del *sheriff* hizo una mueca.

—Cuando nos vieron, echaron a andar hacia nosotros y entonces comenzó lo bueno. Empezaron por hacerle una jugada al *sheriff* y percutirle la coronilla con un rifle. Luego la emprendieron conmigo. Todavía estarían jugando a la pelota con mis huesos de no ser porque me lo jugué todo y salté por la quebrada. Me dispararon, pero aquí estoy entero. ¡Condenación, John, hablaron de venir aquí para destruir el telégrafo! El telegrafista achicó las pupilas.

—Eso dijeron, ¿eh?

—¡Se ve que no quieren exponerse a que marquemos su paso a las otras autoridades de los pueblos de la comarca!

—Esa gentuza es capaz de todo.

—¡Tenemos que hacer algo, John! ¡No tardarán en venir…!

—Lo mejor será esperarlos. No quiero salir al lugar del encuentro y que me la jueguen tomando esto sin defensa.

—¡Avisemos a todo el pueblo, John!

Howard cabeceó aprobando las palabras del ayudante del *sheriff* y miró a John.

—¡Que me ahorquen si no es una buena idea! ¿Qué será del telégrafo si se dejan caer?

Dick gimió.

—¡Han hablado de hacerlo polvo, John! ¡Y apuesto a que no tardan!

Una voz enronquecida dijo desde la puerta:

—Es una lástima que no hayas cruzado una apuesta, monigote. Mira por dónde la habrías ganado.

Dick pegó un grito y se desmayó en la silla.

Howard galleó dando un traspié y estuvo a punto de caerse.

John se volvió y vio a dos individuos de caras torvas empuñando sendos revólveres.

—A mí no me habrían ganado un solo centavo —dijo.

CAPÍTULO II

El más fornido de los recién llegados sonrió de oreja a oreja y dedicó especial atención al joven telegrafista.

—Tú debes de ser el listo del pueblo, ¿verdad, hijo?

John adelantó un par de pasos, lentamente.

—Tengo un diploma del colegio de párvulos.

—Me lo figuraba. Y seguro que tienes también la banda roja por buen comportamiento.

John alzó una ceja.

—Usted no falla una, amigo. Se ve que iba para pitoniso.

—Sin embargo, soy pistolero. ¡Ah, la vida…!

—Volvamos a la realidad. ¿Qué tripa se les ha roto?

El forajido se rascó la patilla, y señaló al ayudante del *sheriff*.

—Espero que este bastardo te haya puesto al corriente. Pero por si hay dudas, allá va: venimos a poner todo esto del revés. En otras palabras, vamos a aplastar el condenado telégrafo. Ya nos ha dado muchos disgustos este endiablado invento.

—Comprendo —dijo John.

—Parece mentira —sonrió el forajido—. Pero cuando pasamos por un pueblo y dejamos el chisme entero, apenas llegamos al siguiente pueblo, el *sheriff* nos espera para arrojarnos pétalos de rosas. ¿Soy bastante claro?

—Como el cristal.

El forajido rió.

—Me llamo Chuck Crapp y éste es Peter Sastanewa. El que está ahí fuera con el rifle es nuestro escudero. Ahora verás las cosas tan maravillosas que sabe hacer con la culata de un rifle… ¡Eh, Jim!

Un tipejo delgado, con grandes orejas en forma de hojas de lechuga, entró esgrimiendo un rifle por el cañón.

—¿Vale ya, jefe? —sonrió.

Chuck se pasó un dedo sucio por debajo de la nariz.

—En cuanto Peter salga a la calle a guardar la retaguardia, ya puedes empezar. Andad, muchachos.

El individuo con cara patibularia que estaba junto a Chuck gruñó y sin dejar de apuntar con el «Colt», salió a la acera, se apoyó contra una columna de madera y vigiló la calle.

Entretanto, Jim se acercó relamiéndose al aparato de telegrafía.

John apretó las mandíbulas.

—No hagan eso —dijo.

Chuck alzó las cejas lleno de asombro.

—¡Rayos, hijo! Creí que estábamos de acuerdo —sacudió la cabeza—. Lo siento, hijo. Pero si mueves un dedo tan siquiera, te envío un plomo a la boca para que hagas gárgaras y te entretengas en algo.

Jim rió como una rata y dejó caer el rifle contra el tablero de comunicaciones. Brotaron un par de chispas y un panel estalló en cien pedazos.

—¡Esto es divertido, jefe! —dijo.

John empezó a moverse imperceptiblemente.

Chuck lo notó demostrando que tenía una vista de lince.

—Hijo, hoy te la ganas —chascó la lengua—. Palabra que pensaba dejarte con todos los miembros, pero intenta una triquiñuela y de un balazo te arranco la dentadura, encías y todo.

Jim dejó caer nuevamente el rifle y sonó otro chasquido. John recordó un suceso semejante en Preslett. Destruyeron el puesto de telégrafos y, a la despedida, rellenaron al viejo telegrafista con seis balas.

Jim trató de arrancar un manojo de cables con las manos, pero una sacudida eléctrica le hizo aullar.

Chuck varió un segundo la dirección de las pupilas, y dejó de ver al telegrafista.

—Jim —dijo—, es la segunda vez que te quemas…

John se dejó caer bruscamente contra la mesa de pegar mensajes.

Al mismo tiempo, tiró del «Colt» que le pendía al costado.

Chuck inició una maldición al advertirlo y apretó el gatillo sin titubear.

Sonaron dos secos estampidos y las balas de los dos hombres se entrecruzaron.

La de Chuck peinó al ayudante del *sheriff* después de acariciar la patilla de John.

La bala del telegrafista entró justamente en el orificio derecho de la nariz de Chuck. El proyectil lo propulsó hacia el hueco de la puerta y durante el recorrido le disgregó el cogote.

Jim abrió los ojos espantado al ver salir al jefe sin tocar el suelo y entonces enfocó con el rifle al telegrafista.

John disparó otra vez.

El tipo del rifle perdió la vertical y fue a estrellarse la cabeza contra el cajón de telegramas urgentes donde exhaló el último suspiro.

John se movió aprisa entre los gritos de espanto de Howard y Dick y saltó a la calle. Peter Sastanewa se había cubierto detrás de un par de toneles como la tortuga en su caparazón.

Desde allí envió una andanada de plomo al joven telegrafista.

Los proyectiles picotearon marcos de la puerta y los cristales sembraron el aire de astillas.

John se dejó caer y apretó el gatillo apuntando por un hueco de los dos barriles. El plomo enderezó a Peter con un aullido y abandonó el refugio retrocediendo sin dejar de apretar el disparador.

John se adelantó hacia él a paso lento, y cuando una bala le tostaba la piel del brazo, envió a cambio dos postas que voltearon en el aire al socio de Chuck.

Peter trató de utilizar el revólver desde el suelo, pero lo hizo por última vez cuando John lo clavó en el entarimado con dos impactos.

Se produjo un largo silencio en la calle mayor de Rover City, interrumpido en la lejanía por los furiosos aullidos de un perro asustado.

Un caballo piafó y relinchó con fuerza rompiendo la barra donde había estado apersogado y salió desbocado a lo largo de la calle.

John enfundó el arma cuando dejó de humear.

Howard y Dick salieron temblando del interior del pabellón.

El viejo brincó a la acera y abrió los brazos en cruz.

—¡Y además estás entero, hijo! —exclamó al ver ileso a John—.

¡Es increíble!

Las puertas y ventanas comenzaron a abrirse y salir gente de los establecimientos, cobrando la calle una animación imprevista.

El *sheriff* Flipman venía corriendo por la acera.

—¡John! —gritó al ver la carnicería—. ¡Has podido con ellos!

John Dolan se pasó una mano por la cara.

—Ya puede decir que ha sido un milagro, *sheriff*.

El representante de la ley se acarició un gran chichón en la cabeza.

—Apenas tuve fuerzas para levantarme del suelo, vine corriendo. ¡No sabes lo que siento no poderte haber echado una mano! Dick se puso en primer término, blanco como la cal.

—Con la intención basta, *sheriff* —dijo—. Yo he intentado hacer algo, pero palabra que no me han dejado sacar cucharada.

Flipman arrugó el gesto al mirar a su ayudante.

—Un día trabajarás demasiado y te caerás muerto.

—¡*Sheriff*, yo…!

—Cierra el pico —gruñó Flipman, y se volvió hacia John con el rostro radiante—. De esto se hablará durante mucho tiempo en Rover City, muchacho. Tal vez te cuelguen una medalla del Ayuntamiento.

—Cuando me compre un chaleco nuevo —dijo John irónicamente. Miró los cadáveres e hizo una mueca—. Chuck, Peter y Jim.

El *sheriff* escupió por un colmillo.

—Han recibido lo que merecían —gruñó—. Llevaban de cabeza a todo el estado. Me han dado un buen susto, pero que me cuelguen si no ha sido una buena cosa que se les ocurriera pasar por esta ciudad. Al fin encontraron la horma del zapato. E1 *sheriff* se interrumpió al escuchar una rara carcajada.

John se volvió al mismo tiempo que el representante de la ley. Vieron a un jorobado de cara torcida, cuyo ojo derecho estaba cubierto por un cuadro de tela negra atado con cinta a la cabeza. Llevaba un saco al hombro y parecía el dueño de un carromato desvencijado atestado de cachivaches, trapos viejos y papeles.

Al ver que el *sheriff* y el telegrafista lo observaban con fijeza, dejó de reír poco a poco.

—Ustedes dispensen —dijo—. Me reía porque precisamente esos

tipejos me asaltaron a cosa de veinte millas de aquí.

John parpadeó.

—Eran de esa clase de gentuza. No respetaban a nadie.

El jorobado se pasó una mano por la cara.

—Usted creerá que no llevo mucho numerario encima, telegrafista. Pero ¿qué me dice si se entera de que me limpiaron doscientos cincuenta dólares?

El *sheriff* hizo una mueca.

—¿Doscientos…? Infiernos, eso es el sueldo que cobro en un mes.

El jorobado sonrió y guiñó el único ojo sano.

—La ruta me iba bien. Este negocio de ropavejero no es malo del todo.

El *sheriff* frunció los labios.

—Bien, los registraré para ver si les saco algo.

El jorobado se puso a croar irónicamente.

—Apuesto a que les duró el dinero unas cuantas millas. Esa gente vive al día.

John cabeceó.

—Este hombre tiene razón, *sheriff* —dijo—. Pero no estará de más que les vuelva los bolsillos del revés.

El hombre de la giba prominente se enderezó un poco.

—Menos mal que he podido resarcirme en este pueblo. Llevo sólo media mañana y ya tengo otra vez lleno el carromato. ¡Lo que cargué bien vale trescientos dólares en Pointer City donde están las fábricas de papel!

El *sheriff* entreabrió la boca.

—Que me cuelguen si no aprendo yo ese oficio —dijo.

El jorobado tuerto se retorció de risa.

—Lo mismo le pasó al *sheriff* de Lorena. Me dio a cobrar un buen montón y se le pusieron los dientes así de largos. Desde entonces tiene montado un almacén de desperdicios en la trasera de la comisaría —hizo una pausa para escupir con tino hacia un intersticio de la acera y agregó—: Casi todo el papel lo he conseguido en el Banco. El resto de trapos y varillas de paraguas lo he reunido por las casas particulares.

Dick llegó en aquel momento al pequeño círculo formado por John, el *sheriff* y el jorobado.

—Jefe, esos tipos no llevan más que mugre encima —dijo, y se sacudió las manos—. Lo mejor será que avisen a Oscar, el enterrador.

El representante de la ley gruñó, mirando al jorobado.

—Lo siento, muchacho. No ha habido suerte.

—¿Qué le dije, *sheriff}*? —rezongó el giboso con filosofía.

El *sheriff* Flipman se volvió hacia John.

—Ya hablaremos más tarde, chico.

El *sheriff* cesó de charlar en cuanto vio que la gente empezaba a arremolinarse en busca de información. Dio órdenes para que los cadáveres fueran retirados e hizo moverse de firme al ayudante.

John empujó a Howard hacia el puesto de Telégrafos.

—Nosotros también tenemos trabajo.

El viejo entró en el recinto encristalado y, al ver los destrozos, se llevó una mano a la cara.

—¡Infiernos, muchachos! ¡Han estado a punto de convertir esto en un montón de chatarra!

John abarcó los aparatos con una mirada.

—No tiene gran importancia. Lo que astilló el tipo llamado Jim es el transmisor que estaba en desuso.

—¡Pero vamos a tener que sudar la gota gorda para ordenar hilos y el panel de transmisiones!

—Sí, abuelo —respondió John—. Y lo mejor será que emprendamos la labor ahora mismo.

Los dos hombres se movieron aprisa para restablecer el orden en el interior del recinto.

Un par de horas después, el telégrafo reanudó la marcha impecablemente.

Howard se puso en pie enjugándose el sudor con un pañuelo de dos palmos de largo.

John acabó de realizar los últimos empalmes y lanzó por el alambre comunicados urgentes a Craven City y Stetsonville dando novedades. Cuando mayor era la actividad en la oficina de Telégrafos, la puerta se abrió y en el hueco quedó enmarcada una mujer joven.

John y Howard se volvieron hacia la desconocida.

El joven telegrafista dejó de pulsar el manipulador y la contempló largamente.

Ella apenas tendría los veintidós años, era morena, de buena estatura, estupendamente formada por todas partes, según quedó patente por estar reflejados sus cuatro puntos cardinales en las vidrieras de la oficina y cuyo reflejo presentaba a John una parte distinta del cuerpo de la joven.

Ella se apercibió de la observación de que era objeto y apretó los labios al tiempo que ponía los brazos en jarras.

—Oiga, telegrafista. No he venido a probarme el vestido. Quiero poner un telegrama.

John no la escuchaba porque, inconscientemente, tabaleaba con los dedos en la mesa y el repiqueteo en Morse quería decir:

> «Es la mujer más hermosa que me he tropezado en toda la vida».

Pero se llevó una sorpresa al oír un rasquido de uña de Howard sobre la madera que contenía una respuesta en puntos y rayas:

> «Estás cargado de razón, hijo… Estás cargado de raz…».

CAPÍTULO III

La muchacha dio un fuerte taconazo en el suelo y alzó la voz.

—¿Es que están sordos o qué les pasa?

John reaccionó y se puso en pie anticipándose al viejo Howard.

—¿Qué desea, señorita?

Ella echó la cabeza hacia atrás y sonrió irónicamente.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Y también hablan!

—Dispense, pero estábamos muy absortos en el trabajo.

Howard soltó una carcajada.

—¡Infiernos, eso era! ¡Aquí hemos tenido un buen desaguisado…! John ladeó la cabeza.

—Conviene que continúes la comunicación con Stetsonville.

El viejo gruñó un sí y fue hacia el rincón donde estaba el manipulador.

John siguió mirando a la joven.

—¿Quiere mandar algún mensaje, señorita?

La joven hizo una ligera mueca.

—No supondrá que he venido aquí para verles las caras, ¿verdad? John asintió. Tomó un lápiz y un papel.

—¿Cuál es el texto?

La muchacha apretó los labios.

—Eres un idiota de remate.

John alzó la cabeza bruscamente.

—¿Cómo? ¿A qué viene eso, ricura?

La chica dio un salto componiendo una mueca de indignación.

—¡No me dirigía a usted, telegrafista! ¡Es que mi telegrama empieza con esas palabras!

John sacudió la cabeza pacientemente.

—Bueno, un momento —dijo—. Apuesto a que usted está

irritada por alguna cosa.

La joven fingió sorpresa.

—¡Vaya, qué lumbrera! ¡Quién lo iba a decir!

—Déjeme acabar, señorita. Si quiere desahogar su mal humor será mejor que lo piense antes. Después de expedido, ya no se puede rectificar.

—¡Guarde para usted los consejos!

John cabeceó.

—De acuerdo —manejó el lápiz—. ¿Qué viene después del saludo?

—Ese granuja debía caerse muerto.

Howard soltó un respingo.

—¡Yo no he hecho nada!

John se volvió hacia él.

—La señorita me está dictando el texto. Eso de «caerse muerto» no va por ti, Howard.

La joven aspiró el aire con fuerza.

—Menuda pareja de gaznápiros son ustedes.

John la miró fijamente.

—¿Eso que acaba de decir va en el telegrama?

Ella le enseñó los dientes.

—¡Va por ustedes, telegrafistas! ¡En toda la ruta no he encontrado gente más obtusa!

John apoyó el lápiz en el canto de la mesa.

—Oiga, preciosa. Creo que lo mejor es que anote usted las palabras en el impreso. Así no habrá dudas.

La forastera lo miró empezando a perder los estribos.

—Desde que entré aquí empecé a preguntarme si ustedes no iban de bulto. ¡No dan una en el clavo! —Señorita…

—No se esfuerce. La verdad es que desde que pisé estos andurriales, estaba preparada para todo.

John levantó la mirada.

—¿De veras?

—Sí, telegrafista. Antes venía hacia acá y tuve que volverme porque usted estaba dando al gatillo a su gusto. Ahora lo encuentro telegrafiando. Me pregunto si dentro de un rato no estará vendiendo verdura en la puerta. ¡Eso sólo pasa en estos despeñaderos!

John carraspeó.

—Bien, señorita. Ahora que ya sabemos su opinión, puede redactar el telegrama. ¿O ha pensado no hacerlo?

Ella le dedicó una mirada retadora y por fin tomó el lápiz y el papel con cierta brusquedad.

John la observó durante el rato que estuvo escribiendo.

La chica trazaba una letra grande y clara y mientras escribía, sacaba un poco la lengua.

Al fin, puso un punto con cierta energía y rompió la punta del lápiz.

—Ahí tiene, telegrafista. Necesito que salga cuanto antes.

John tomó el largo mensaje y leyó mientras contaba las palabras para saber cuánto costaba.

> «Tío Samuel. Nos ha engañado. El agente resultó ser un sinvergüenza de marca mayor. Ha volado con los quinientos dólares. El jardín de floricultura resultó un chasco. Sólo cactos. La casita se derrumbó al cerrar fuerte la puerta. Estoy sin dinero para la vuelta. Envía fondos. Urgentemente. Abrazos. *Eva*».

El telegrafista levantó los ojos hacia la bella forastera.

—De modo que está anclada aquí.

Eva ladeó la cabeza y frunció los labios en un gesto de mal humor.

—Oiga, limítese a meterse en lo que le importa.

John tosió.

—De acuerdo.

—¿Cuándo recibirá tío Samuel el mensaje?

—Se ha olvidado de poner la dirección —objetó el joven.

Ella tomó el lápiz por la punta del otro lado y la puso en el encabezamiento.

John sopesó el telegrama.

—Esto le costará cinco dólares.

—¿Cómo?

—He dicho que vale cinco dólares.

—¡Maldita sea! ¿Qué cueva de ladrones es ésta?

John resolló pacientemente.

—Mire, encanto —dijo—. El mensaje es tan largo que parece una de las felicitaciones que se le envían al presidente a fin de año.
Los bellos ojos negros de Eva chispearon con fuerza.

—¡Eso es un robo descarado! ¡Cinco dólares!

—Cálmese, muñeca.

—¡Que me calme! ¡Por cinco dólares hago el viaje de ida y vuelta!

—Hay cincuenta palabras. A diez centavos la palabra por ser mensaje urgente…

—¡Déjese de historias! —estalló la joven, indignada—. ¡No va a sacarme ese dinero! Además…

—¿Qué hay además?

Eva se mordió el labio inferior.

—¡Además no tengo un centavo! ¡Qué canastos!

John resopló y rascóse la patilla con el lápiz.

—Intentaremos sacar unas cuantas palabras del texto. Así le saldrá más económico.

—¡No pienso borrar ni una letra! Se lo dice Eva Wyatt.

—Por ejemplo, eso de «el agente resultó un sinvergüenza de marca mayor» resulta discursivo para ser un telegrama, y además podían demandarla por insultos graves, si el agente demuestra que todo fue un error.

—Atienda, sabelotodo. —Eva se inclinó sobre la mesa de recepción—. Si estuviera enterado del asunto, sabría que el tipo que me ha timado merece colgar de una cuerda.

—Comprendo perfectamente.

—Le ha costado bastante. Al primer vistazo, deduje que tenía la cabeza algo dura.

John apoyó las manos en la mesa.

—Señorita Wyatt, ¿por qué no intenta ser menos áspera? Estamos tratando de ayudarla.

Ella sonrió con una pizca de sarcasmo.

—¿De veras, telegrafista?

—Sí, Eva.

—Pues no lo parece. Desde hace rato no hace más que ponerme dificultades.

John aspiró aire con fuerza, pero logró controlar la voz.

—Bien, señorita. Trataré de tachar varias palabras sin que se

altere el significado del texto. Así resultará más económico.

—Usted habla como un sujeto chiflado que escribía poesías en el tren. ¡Vaya con mi suerte…!

John optó por eliminar las palabras sobrantes y finalmente dijo:

—Así queda en tres dólares nada más.

Ella bajó la voz de modo que Howard no la pudiese escuchar y dijo con suspicacia:

—Le daré un dólar y va que galopa, telegrafista. Incluso se lo puede convertir en un buen vaso de *whisky*.

John apretó las mandíbulas.

—No le aconsejo esos trucos, encanto —dijo, y antes de que ella pudiera indicar una nueva protesta, agregó—: Podemos mandarlo con recepción pagada a su destino. Tío Sam se hará cargo del importe.

Eva abrió los ojos.

—¡Por fin ha demostrado tener cerebro! ¿Por qué piensa tan despacio?

—Usted no me ha dejado hablar —contestó John—. Bien, lo mandaremos en esas condiciones.

—¡Por fin!

—Tío Samuel lo recibirá mañana.

Eva hizo una mueca y respingó.

—¿Mañana? ¿Es que se ha vuelto loco de pronto? ¡Le he dicho que lo quiero mandar con urgencia!

John sacudió la cabeza.

—Los aparatos han sufrido algunos daños y no podemos expedirlo inmediatamente. —¿Conque daños, eh? ¡Ese mensaje tiene que llegar hoy mismo a manos de tío Samuel o tendré que ponerme en marcha a través del desierto! ¡Estoy en la ruina! ¿Me entiende?

John se rascó la nuca.

—Bien, haremos lo posible por expedirlo hoy.

Eva lo miró con los ojos velados por las largas pestañas.

—Luego me dejaré caer por aquí y, como continúe sin tener noticias de mi tío Samuel, sabrá quién es Eva Wyatt. Hasta luego.

La joven se dio media vuelta justo en el instante en que John abría la boca para replicar.

Howard rió cascadamente.

—¡Infiernos! ¡Esa muñeca sería capaz de hˆcer dar de coronilla al más pintado! —La chica está irritada—. John miró a lo lejos, precisamente por la esquina donde había doblado la hermosa forastera.

—Por lo visto se ve en apuros de los gordos —agregó Howard.

John se mantuvo pensativo unos instantes.

—Bueno, vamos a tratar de ponernos en contacto con tío Samuel. Utilizaremos la línea directa.

Y dicho esto, John se encaminó al transmisor sopesando el mensaje de Eva y sin poderla apartar de su pensamiento.

CAPÍTULO IV

Eva Wyatt volvió la cabeza por segunda vez hacia la cabina del telégrafo, pero estaba ya fuera de línea visual y optó por encaminarse hacia la puerta del hotel. El Alto en la Ruta. Cuando ya le faltaban pocos pasos para alcanzar la puerta, se detuvo en seco al encontrar a un tipo malcarado.

—Hola, muñeca —sonrió el sujeto, y mostró una melladura en dos dientes—. Has tardado mucho.

Eva comprimió los labios.

—¿Quiere dejarme en paz de una vez?

El sujeto sacudió la cabeza sin dejar de sonreír.

—Eso lo veo difícil, bombón. Cuando le echo el ojo a una ternura como tú me da por salirle todos los rincones. ¡Infiernos, nena, parece mentira cómo estás!

La muchacha respiró agitadamente.

—Mire, payaso barbudo. Como no me deje tranquila, aviso al *sheriff*.

—No te lo recomiendo, ricura. Eso me lo hizo una mexicana y hoy anda por ahí con una pata de palo.

Las pupilas de Eva centellearon con fuerza.

—Es usted el tipo más repelente que me he echado a la cara.

El sujeto rió divertido.

—Me llamo Todd, guayabo. Ya te puedes aprender mi nombre porque tú y yo tenemos que correr mucho camino en la vida.

—Apártese antes de que le escupa —dijo Eva entre dientes.

Todd sacudió los hombros de risa.

—No sé qué me pasa que todas empiezan igual y acaban por comerme a besos. Mira, nena. He estado espiando desde las esquinas y he oído algo de lo que te pasa. Estás sin blanca, bombón.

¿Qué te parece si los dos empezáramos desde ahora una nueva era?

La chica lo miró con los ojos entornados, más asombrada que asustada.

—Oiga, piojoso. Usted debe de estar mal de la cacerola.

—Por ti, nena —replicó Todd en el acto.

Eva dejó escapar el aire de un golpe.

—Deje vía libre, barbas. Le doy tres segundos de tiempo antes de que le incruste un tacón en esa olla que le sirve de cabeza.

Una voz bien timbrada sonó cerca de Eva y Todd.

—No hará falta, señorita. Ahora mismo le sacudo a esa garrapata de encima.

Eva y Todd se volvieron bruscamente.

La muchacha vio a un sujeto alto, de ojos grises y vestimenta elegante que hacía juego con dos «Colt» negros pendientes de la cintura. Sonrió.

—Me llamo Louis Garden —se despojó del sombrero con un gesto comedido y lo tendió hacia Eva—. Le ruego me sostenga el «Stetson» un instante.

Eva parpadeó y tomó el sombrero del desconocido.

Todd estaba de muestra, con los ojos muy abiertos.

El individuo llamado Louis Garden sonrió a Eva con una reverencia y al ir a recobrar su posición normal, disparó su puño izquierdo.

El impacto se produjo justo entre las espesas cejas de Todd.

Sonó un chasquido y el barbudo dejó de tocar la acera con los pies y salió por los aires.

Todd rebotó contra una columna de madera y ello impidió que se desplomara.

—¿Qué diablos significa…? —empezó a decir.

Pero Garden acabó de reverenciar nuevamente a Eva y se volvió soltando un trallazo justo en el mentón de Todd.

El golpeado cerró la boca con tal fuerza que un par de piezas dentarias se le escaparon hechas esquirlas.

Luego se desplomó sin conocimiento.

Eva dejó de sostenerse el rostro con ambas manos, abrió la boca de labios gordezuelos e hizo:

—¡Oh…!

Garden sonrió con una nueva inclinación de cabeza y dijo:

—Siento que haya tenido que presenciar este desagradable espectáculo, señorita. Eva apuntó al caído con un dedo.

—¡Pero ese hombre no podrá comer en varios días!

Garden rió comedidamente.

—Esa clase de animales no comen, señorita. Son sapos que beben agua sucia de las charcas llenas de mosquitos. Eva boqueó sin saber qué decir.

Garden se apoderó de una de sus manos y la llevó hasta la puerta del hotel. Cedió el paso a la muchacha y le besó los dedos de la mano a modo de despedida.

—A sus pies, señorita —dijo.

Eva sonrió, pero le salió una mueca.

—Gracias de todo, caballero. ¡Oh, pero ande con cuidado! Ese sujeto querrá tomarse la revancha.

—No se preocupe —sonrió Garden con tolerancia—. Si necesita algo de mí, puede preguntar en la recepción del hotel. Recuerde, profesor Garden.

—¿Profesor?

Louis tosió ligeramente.

—Profesor de Geología. También soy forastero, como usted. Sólo llevo tres días en el pueblo. Realizo unas excavaciones en las tierras.

—Ah —hizo Eva, y luego de una ligera genuflexión, se encaminó escaleras arriba—. ¡Otra vez gracias, profesor Garden!

El hombre de los ojos grises sonrió con todos los dientes y cuando la chica llegó al rellano, atravesó el vestíbulo y se dirigió a las habitaciones de la planta baja.

El rubio Rigges, agente de ganado, se le cruzó en el camino.

—¡Hola, profesor Garden!

Louis se detuvo y se despojó del sombrero.

—Usted debe de ser el agente de ganado, ¿verdad?

Rigges rió. Al parecer, su mal humor había desaparecido.

—¿Cómo le van esas excavaciones?

Garden se rascó una patilla con la uña del dedo meñique.

Todo se presenta favorablemente —sonrió—. He descubierto algunas escamas de mica al pie de la quebrada. Rigges lo miró con respeto.

—Demonios, estaría bueno que diera con ese filón. Dicen que la mica está alcanzando precios fabulosos en el Este. Garden guiñó un

ojo con frivolidad.

—Seguro que un poco más abajo hay grandes sedimentos. Tengo la seguridad de que estoy en presencia de un terreno terciario. Oh, ya sabe. En todas las cosas hay que esforzarse y buscar. Pero los terrenos sinclinales de la época terciaria todavía no han defraudado al buen investigador.

Rigges se palmeó el vientre y soltó una risotada.

—No me extraña que los sabios oigan el
ric-ric
del grillo en la cabeza. ¡Infiernos, es para volverse chivo!

Garden sacudió la cabeza sonriendo tolerantemente.

—Bien, Rigges, ya que ha demostrado interés en mis trabajos, le tendré al corriente. Rigges se entretuvo en observar los balanceos de una rubia llamada Bibelotte que subía las escaleras después de un ensayo en el *saloon*.

—Eso que tengo delante de mis ojos y el dinero son las cosas que más me interesan —rió de pronto—. Apuesto a que me consideran un patán.

Garden lo miró divertido.

—De lo que estoy seguro es de que usted conseguirá todo lo que se proponga en esta vida. ¡Adelante, muchacho!

Los dos hombres se separaron, riendo.

Garden continuó hacia el corredor y al llegar al fondo se detuvo ante una puerta.

Dio tres golpes cortos y uno largo. La puerta fue abierta desde dentro.

Garden entró mientras un sujeto delgado, de rostro pálido y cara chupada sonreía con insolencia y le mantenía la puerta abierta.

Junto a la ventana estaba de pie otro individuo de fuerte constitución, rostro hosco y cejas espesas.

—Hola, muchachos —dijo Garden.

El tipo delgado cerró la puerta y se apoyó en el tablero.

El sujeto de cara hosca se volvió hacia Garden.

—¡Condenación, estoy con los nervios de punta!

Garden sacó un veguero y se lo colocó en la comisura de la boca.

—Serénate, Bart.

El llamado Bart apretó los dientes y apoyó la mano en el «Colt» que le pendía al costado, en tanto miraba por la ventana que daba

al callejón.

—Estoy esperando que venga ese bastardo.

Garden encendió el veguero y lanzó un artístico anillo de humo.

—Yo también tengo ganas de que asome la nariz.

Bart se volvió hacia Garden.

—Ha estado a punto de estropearlo todo.

En aquel momento, apareció el barbudo Todd en el hueco de la ventana.

Pasó una pierna por el marco y exclamó:

¡Maldición, Louis, me has saltado un par de dientes!

Bart hizo un movimiento brusco mientras se le congestionaba el rostro.

—Condenado… —farfulló.

Louis Garden interrumpió el movimiento de Bart y se le anticipó.

—Te debía haber dejado sin un hueso entero, Todd.

El barbudo abrió la boca.

—¡Has estado a punto de matarme! ¡Mira la cara!

Garden entornó los ojos haciendo a Bart una señal imperceptible y dijo:

—Déjame ver, Todd. Apuesto a que no es nada.

—Todd se puso el dedo en un moretón y alzó la cara.

—¡Aquí ha sido! ¡Me has dado aquí, infiernos!

—Levanta un poco más la cara… Ajá. Así.

Todd presentó la mandíbula al aire.

De repente, Garden disparó la zurda.

El impacto sonó como un tiro.

Todd pegó un aullido y atravesó la estancia arrollando una mesa, la silla correspondiente al juego y un cenicero de pie.

Quedó sentado en el suelo y abrió los ojos sacudiendo la cabeza.

—¿Estás loco, Louis?

¿Por qué me pegas?

Garden sonrió y se le acercó lentamente.

—Ahora te ayudaré a levantarte, hijo.

Entonces, Bart se le interpuso incapaz de contenerse y corrió lleno de furia hacia Todd.

—¡Voy a clavarte en el suelo de un plomo, bastardo!

—¡No! —aulló Todd, al ver que Bart sacaba el revólver para

utilizarlo.

Garden desvió el brazo armado.

—No hagas ruido aquí, Bart.

—¡Es que quiero liquidar a este puerco de una vez!

—Déjalo, Bart. Es el ojo derecho del jefe.

—¡Deja que lo mate! ¡Déjame!

Garden apretó las mandíbulas mirando a Todd y sujetando el brazo de Bart.

—Se lo merece de veras.

Bart saltó lleno de rabia.

—¡Lo vi todo desde la ventana del vestíbulo! ¡Ha estado a punto de echar a perder el negocio!

—Menos mal que estuve allí para impedir el desastre —dijo Garden.

Bart gimió.

—¿Es que no te das cuenta? ¡Si esa hembra llega a avisar al *sheriff*, ese tipo habría cantado quién era y dónde vivía!

—Y todo por esa condenada manía de meterse con la primera hembra que encuentra al paso.

Bart logró desasirse de la mano de Garden y en vez de hacer fuego, golpeó la cabeza de Todd sesgadamente.

El barbudo soltó un juramento y se dejó caer cuan largo era pero no perdió el conocimiento.

¡No lo haré más, muchachos!

Garden intervino sujetando nuevamente a Bart.

—Ya basta, Bart —dijo—. Si le liquidamos, el jefe se subirá a la parra.

Bart se pasó una mano por la cara.

—No quiero pensar qué hubiera pasado si el *sheriff* lo mete entre rejas por abordar a la chica.

Garden encanijó las mandíbulas.

—Te juro que lo habría baleado yo mismo antes de que abriese la boca.

Todd se puso a cuatro patas.

—¡Se lo diré al jefe! —Galleó—. ¡Ya veréis qué pasa cuando se lo diga al jefe! ¡No quiere que nadie me zurre!

Bart le atizó una patada en las costillas.

Garden escupió con rabia.

—¡Maldición! Estate quieto de una vez, Bart.

El sujeto delgado que se apoyaba en la puerta sonrió, acercándose.

—Yo os diré lo que pasa, muchachos.

Garden se volvió hacia él.

—Cierra el pico, Al.

El tipo llamado Al se pasó la lengua blancuzca por los labios descoloridos.

—Sólo quería deciros que estamos así de nerviosos porque el jefe tarda más que de costumbre en aparecer. ¡Canastos! Si tenemos que hacer el trabajo debía estar aquí haciendo planes con nosotros.

Garden asintió.

—Por lo menos debía dar la cara. Hace dos horas que ha pasado el tiempo de la cita. De pronto, un vidrio de la ventana estalló en cien pedazos y una piedra envuelta en un papel rodó por el suelo.

Los cuatro hombres se mantuvieron inmóviles un segundo.

Garden se adelantó e inclinóse.

—Es un mensaje del jefe —dijo, desenvolviendo el papel que contenía la piedra.

Los cuatro sujetos se apiñaron mientras el papel era estirado para facilitar la lectura.

Los cuatro pares de ojos recorrieron el mensaje ávidamente. Estaba escrito con letra grande y clara.

> «Muchachos, estoy hace tiempo en el pueblo. Me pondré en contacto con vosotros en cuanto concrete algunos detalles que han surgido. Todo está ya a punto de caramelo. Mañana a primera hora asaltaremos el Banco de esta ciudad. Vuestro jefe».

CAPÍTULO V

John Dolan atravesó la calle y se dirigió directamente al pabellón de comunicaciones.

Howard asomó la cabeza por la ventanilla al echarle el ojo.

—¡Cáscaras, muchacho! ¡No sabes el trabajo que ha venido durante el tiempo que no has estado!

John se detuvo ante él.

—Debías haberme llamado —dijo y luego agregó distraídamente mientras se daba vuelta para entrar por la puerta—: ¿Ha llegado algo para Eva Wyatt?

El viejo interrumpió la tarea de enjugarse el sudor de la cara con el enorme pañuelo y lo miró con un solo ojo, lleno de suspicacia.

—De modo que no se te va de la cabeza, ¿eh?

John volvió el rostro hacia él.

—¿Qué quieres decir, abuelo?

Howard rió por lo bajo.

—Me refiero a la chica. Parece que estás muy caviloso.

John frunció el entrecejo.

—No empieces con tus chismorreos.

Howard arrugó los labios formando un canuto. Silbó.

—La chica está de miedo. Serías un embustero si dijeras que te importa un pito.

—Está bien —dijo John—. Me preocupa un poco su situación.

Howard enseñó unas encías desdentadas en una mueca irónica.

—¿Sólo su situación, eh? ¿La situación al Norte y al Sur?

John resolló pacientemente.

—De acuerdo, Howard —dijo—. Me gusta. Ahora continúa tú el papel de vieja comadre. Howard rió con ganas.

—Dispensa, hijo. Es que hoy es mi día. Estoy de muy buen

humor.

John lo observó.

—¿Malas noticias para Rigges?

El viejo ayudante se estremeció por el abdomen riendo.

—El intermediario de Rigges acaba de telegrafiarle. ¡El precio de las reses ha sido congelado por una Comisión de Inspectores del Gobierno! ¡Rigges y otros especuladores van a tener escaso margen para robar a la gente! ¡Se le acabó hacer el agosto a costa de los infelices!

John tomó el mensaje y lo leyó de una ojeada.

—Yo se lo llevaré al hotel ya que es urgente —dijo—. Si tú eres el portador, sospecho que acabará retorciéndote el pescuezo. No sabes contenerte.

Howard hizo una mueca de pesar.

—¡Hoy me tocaba reír de veras, muchacho!

En aquel momento, el jorobado se encaramó a la ventanilla.

—¡Señores, he de mandar un telegrama urgente al almacén general de desperdicios en El Paso!

John lo observó esbozando una sonrisa.

—Por lo que veo, su negocio va viento en popa.

El jorobado saltó varias veces en la acera.

—¡Tengo el carromato tan repleto que voy a necesitar ayuda! ¡Infiernos, cómo se me da esta parte del condado!

—Enhorabuena, amigo —dijo John, y abandonó la oficina con el mensaje destinado a Rigges en la mano.

Al llegar a la acera del otro lado, se topó con Matt, el esposo de Mary.

Matt trató de esconderse detrás de la gruesa columna de la marquesina.

John carraspeó.

—Te he visto, muchacho. No hace falta que te escondas.

Matt saltó con la cabeza gacha.

—¿Estás enterado, eh?

—Lo vi todo desde la oficina. Ya sabes que desde allí se domina la calle entera. Matt levantó los ojos con un brillo extraño. Se veía que todavía estaba bajo los efectos del alcohol.

—Voy a llamar a Mary. Telegrafiaré a su destino. ¿Sabes, John?

—Infiernos, todavía estará en camino.

—No te burles, John. Después de esto, estoy seguro de que he dominado al *whisky*.

John lo observó con fijeza.

—Me gustaría vértelo demostrar.

Matt miró hacia el bar con ojos velados.

—Estoy aquí hace varias horas, John. ¿Y sabes lo que he hecho?

—Deseo saberlo, muchacho.

Matt sonrió tristemente.

—He visto desde aquí cómo se atizaba la gente sus buenos tragos.

—Todavía no le veo el significado.

—Está claro, John. Me he muerto de ganas por largarme un par de vasos, pero es la primera vez que he podido contenerme.

—Entiendo.

Matt se humedeció los labios.

—Me ha costado mucho. Pero, después de la prueba de estas horas, comprendo que me he curado.

John desvió la mirada hacia la oficina del telégrafo.

—Puedes decirle a Howard de mi parte que redacte ese telegrama.

Matt sonrió.

—Gracias, John. ¡Gracias, muchacho!

El joven telegrafista lo vio correr hacia la oficina y sonrió pensativamente.

Luego se dio la vuelta y continuó la marcha hacia el hotel El Alto en la Ruta.

Atravesó la puerta de entrada y cambió un saludo con Peabody, que atendía el registro.

—¿Dónde para Rigges?

Peabody señaló hacia el saloncito contiguo.

—Anda por ahí.

John se acercó sobre la alfombra hacia las cortinas y separó una de ellas cosa de un palmo.

En aquel momento, el rubio Rigges enlazaba por el talle a la bella Eva Wyatt.

La muchacha se desprendió hábilmente de las manos ávidas del rubio y sonrió.

—¿Ha probado alguna vez un alfilerazo en las costillas, señor

Rigges?

El rubio alzó las cejas y de pronto soltó una carcajada.

—¡Canastos, usted es graciosísima, Eva! ¿Por qué no nos habremos conocido antes?

Eva ladeó la cabeza y un rizo le cayó sobre la mejilla.

—A usted hace un rato que le he conocido, melenas de oro.

Rigges rió con simpatía y dejó de actuar con las manos. Sabía cuándo había que tirar o aflojar las riendas de una hembra antes de que le dieran la coz.

—Muñeca —dijo con un tono de voz patentado—. Usted es un puro pastel de manzana.

—¿Si?

Rigges se la comió con los ojos y todavía no tuvo bastante.

—¿Sabe una cosa, encanto? Yo puedo ayudarle a resolver la precaria situación. Me he enterado de sus apuros.

Eva lo observó con ironía.

—Es curioso. Pero la verdad es que encuentro hoy a la gente muy caritativa.

—¿Cómo?

—Con usted ya van cinco los que me han ofrecido ayuda.

Rigges hacía esfuerzos desesperados por mantener la conversación mirándola a la cara. Tragó saliva.

—Nena —dijo con voz enronquecida—. Es que usted necesita ayuda de veras. No sé cómo puede usted sola…

—Señor Rigges. —Eva inició una marcha—. He tenido mucho gusto.

—¡Un momento, preciosa! —El rubio la tomó por una mano y se juró que aquella piel era de seda—. Necesito verla.

Eva desasióse de los dedos de Rigges.

—Ya me ha visto. ¿O es que tiene cataratas? Hasta nunca, prestamista.

Rigges saltó lleno de experiencia y la acorraló contra la pared.

—¿Qué le pasa, Eva? ¡Usted me desconcierta! ¡Infiernos, qué mujer tan misteriosa…! Rigges soltó la frase con cierto tonillo aprendido de un tenor de ópera que hacía estragos en las mujeres.

Eva miró los dos brazos del rubio que trazaban un cerco que iba estrechándose poco a poco.

—¡Oh, señor Rigges! —dijo Eva, aprestando el alfiler por lo bajo.

Rigges sonrió alelado.

—Di, muñeca.

—Lo voy a apuntillar.

—¡Mátame, pero cae en mis brazos! —exclamó, jugándose el todo por el todo.

Cerró los brazos y cuidó de separar la mano armada con el alfiler.

La voz del telegrafista sonó desde las cortinas.

—Se olvidó de la orquesta, amigo. Ahora salían unas náyades al compás de la estrofa.

También vi esa ópera.

Rigges se revolvió como picado por un escorpión.

—¡Maldición! ¿Qué hace usted ahí?

John se acercó lentamente.

—He traído un mensaje para usted.

Rigges tenía el rostro crispado.

—Un mensaje, ¿eh?

John tendió el telegrama, y cruzó una mirada larga con Eva.

El rubio atrapó el mensaje con brusquedad, y después de unos segundos de lectura, levantó la cara congestionada.

—¡Maldito sea, Dolan! —rugió.

—¿Qué le ocurre, amigo?

Rigges hizo una bola con el telegrama y lo arrojó con violencia al suelo.

—¡Usted ha venido a regodearse con mi cara! Sabía lo que me tenía que impresionar esta noticia.

El telegrafista inclinó la cabeza.

—No sea mal pensado, amigo.

—¡He acertado, condenación! —El rubio apretó los dientes—. Además, apuesto a que nos estaba espiando tras la cortina desde hace rato.

John parpadeó.

—No quise interrumpirle, Rigges. Ahí tiene la verdad.

El agente de ganado enseñó los dientes en una sonrisa de furia.

—Me lo figuraba, telegrafista. La verdad es que hace tiempo que tengo ganas de aplastarle las narices y usted se lo busca.

Eva miraba alternativamente a los dos hombres con los ojos muy abiertos.

Rigges se acercó al joven.

—Hoy se ha presentado la ocasión —agregó.

John bajó las cejas.

—Rigges —dijo—. No soy de los que huyo una pelea. Pero le advierto que no tengo ganas de camorra.

Rigges rió con ganas. Una paliza al telegrafista ante los ojos de la chica podía tener efectos insospechados para dulcificarla.

—Apuesto a que si no estuviera delante de una mujer ya habría echado a correr.

¿Tengo pupila o no?

John resolló con los labios entreabiertos.

—Mire, Rigges. Soy de los que tienen las cosquillas muy escondidas. No trate de buscármelas.

El rubio rió convencido de que dominaba la situación.

—Todos los que tienen miedo se las dan de prudentes.

Dolan apretó las mandíbulas.

—Esa opinión la he oído a un montón de tipos con cerebro de mosquito.

—¡Al fin se arrancó! —rió Rigges—. ¡Ahí va!

Soltó la izquierda en una finta.

John esperó la derecha del rubio y cuando subía hacia su cara la desvió.

Los nudillos le acariciaron el pómulo y entonces John lanzó un golpe corto.

El rubio retrocedió un poco al recibir el impacto en las costillas.

—¿Conque ésas tenemos, eh? —dijo el rubio—. ¡Vea cómo se libra de esto, monigote! Al mismo tiempo, Rigges se lanzó velozmente sobre el telegrafista, y comenzó a intercambiar golpes.

Eva emitió un grito y se llevó las manos a la boca.

Los dos contendientes evolucionaron por el saloncito, derribando la mesa del centro y volcando las sillas.

John recibió un impacto en la cara y al dar contra la pared descolgó un cuadro.

Antes de que la obra de arte cayera al suelo, lanzó una derecha con buena fortuna y percutió el mentón del rubio limpiamente.

Rigges atravesó la salita y salió por una ventana.

Eva y John lo siguieron con la mirada hasta que oyeron el estrépito.

El telegrafista se acercó a la muchacha.
—Ya tiene un admirador menos.
Ella levantó la barbilla.
—Y a usted qué le importa. ¿Sabe una cosa, telegrafista?
—No.
—¡Pues me gustan los requiebros del señor Rigges!
La puerta de la derecha se abrió con violencia y Rigges apareció, inexplicablemente negro de la cabeza a los pies.
—¡Aquí me tienes, bastardo! ¡Lo voy a triturar!
John se inclinó, esperando la embestida.
—Vaya, Rigges. Me lo imaginaba durmiendo.
Rigges escupió con rabia un salivazo lleno de hollín.
—Me metió en una carbonera, pero ahora le toca a usted.
Dolan y Rigges se acometieron.
Eva pegó un chillido.
La lucha cobró nuevos ímpetus.
De pronto, un fuerte chasquido.
Rigges se encaminó sin control hacia otra ventana situada a la derecha.
Se escuchó un fuerte chapoteo y luego un súbito silencio.
John se acercó otra vez a la joven.
—¿De modo que le gustan los requiebros de Rigges?
La muchacha apretó los labios con fuerza.
—¡Sí, telegrafista! ¡Y si quiere saber mi opinión acerca de esta pelea, se la diré!
John se acarició el pómulo maltratado.
—Estamos en un momento de confidencias —ladeó la cabeza.
—¡Estoy segura de que usted vino expresamente aquí a armar camorra con Rigges!
—Hola.
—¡Sí, telegrafista! Usted le tenía también ganas y se vio el cielo abierto cuando yo le ofrecí la oportunidad de defenderme.
John se rascó la nuca.
—Señorita Wyatt —dijo—. Usted tiene la imaginación tan retorcida como una soga. La claraboya del techo se abrió bruscamente y el busto de Rigges apareció sorprendentemente cubierto de fideos.
John y Eva alzaron la mirada.

El telegrafista entreabrió la boca perplejo.

—Oiga, Rigges. Usted es el tipo de las sorpresas. ¿De dónde diablos sale?

El rubio se dejó caer de un salto.

—No se burle, puerco —dijo crispados los puños—. Demasiado sabe que esta vez me mandó a la cocina. ¡Pero se le acabó la suerte!

John lo recibió con la diestra a punto, pero Rigges logró conectarle un izquierdazo por el hueco de la guardia.

John estuvo camino de ir a por fideos, pero en el último instante hurtó el cuerpo y la derecha de Rigges hizo estallar un florero lleno de gardenias.

John aprovechó la oportunidad para marearlo con energía y cuando lo enderezó, lo remitió por una puerta que todavía no había sido estrenada por el rubio.

Eva gritó.

—¡Usted es un bestia, telegrafista!

John jadeó, se apoyó en una consola y ésta se vino abajo.

—No sabía que Rigges se le hubiera metido tan dentro del corazón, encanto.

—¡Guarde los sarcasmos para otra ocasión!

—¿Qué le pasa, Eva? —John se acercó.

—Es usted tan salvaje como un búfalo.

—Hubiera preferido que ese botarate me moliese a palos, ¿verdad?

Eva entrecerró los párpados.

—¿Quiere saberlo, eh? ¡Pues bien, me habría gustado verlo patas arriba!

Rigges gritó entrando por una ventana desconocida.

—¡Ahora lo verás, muñeca! ¡Sería el primero que se me resistiera!

John soltó un respingo. Aquel Rigges era peor que una mula.

Tuvo que cortar el hilo de los pensamientos cuando Rigges lo acometió salvajemente. John trató de esquivarlo, seguro de que se vendría abajo con el esfuerzo, pero el tipo rubio se movía todavía como una locomotora.

Derribaron las cortinas, salieron al vestíbulo y abrieron un hueco entre los clientes del hotel que se habían reunido para ver lo que ocurría.

Eva corrió detrás de los contendientes.

John lanzó un puñetazo a ciegas encomendándose al cielo y su oración fue escuchada. Rigges atravesó las vidrieras que separaban las habitaciones bajas y se desplomó sin conocimiento en la puerta de su dormitorio.

Al caer, abrió la puerta y rodó dentro.

John se arrancó una manga de la camisa que le colgaba y se abrió paso entre la gente apiñada en el vestíbulo.

Al salir a la calle, se restañó la sangre del labio.

Entonces oyó un pito que emitía silbidos cortos y largos.

John identificó el juego de pitadas con palabras en Morse.

Volvió bruscamente la cabeza hacia la oficina de telégrafos situada cien yardas más allá y vio la expresión frenética de Howard que seguía emitiendo sonidos con el silbato. John tradujo sin dificultad el mensaje que le enviaba el viejo.

> «Muchacho, estoy viendo desde aquí tipo apostado en el tejado del almacén forraje. Te apunta con rifle. Mucho peligro, hijo. Asesino a sueldo. Le llaman Flip *el Invencible*. Tirará inmediatamente. Suerte».

John se detuvo en seco, a medio camino.

De pronto sacó el revólver y gatillo hacia el tejado al mismo tiempo que Flip *el Invencible*.

CAPÍTULO VI

El jorobado tuerto se dio la vuelta al escuchar los estampidos.

Alzó la cabeza hacia el tejado del almacén de forrajes y vio una figura que braceaba en el aire.

El sujeto del tejado soltó el rifle, se balanceó y cayó a la calle, donde rebotó como una pelota hasta quedar quieto.

La gente empezó a correr llena de confusión.

El jorobado dejó el vehículo lleno de cachivaches y correteó hacia el hotel El Alto en la Ruta.

Atravesó el vestíbulo lleno de gente y echó una ojeada al telegrafista que en aquellos momentos seguía con el «Colt» en la mano a la expectativa.

El jorobado llegó al pasillo y lo atravesó hasta llegar al fondo.

—Hola, muchacho —dijo el jorobado.

Los cuatro dieron la vuelta con brusquedad.

Louis Garden soltó una imprecación y extrajo el revólver en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué viene a buscar aquí, giboso del demonio?

El jorobado empezó a estremecerse con una risa baja.

Garden se adelantó con el revólver en ristre.

—Esta intromisión le va a costar la piel, cerdo.

—¿Quién le manda meterse en habitación ajena?

El jorobado arreció en sus carcajadas y comenzó a hurgarse debajo de la ropa.

Garden soltó un juramento.

—¡No intente sacar un arma o lo dejo seco!

El tuerto giboso atronó el cuarto con su risa estentórea.

Manejó debajo de la camisa astrosa y de pronto la giba le salió por un costado.

Todd pegó un chillido.

—¡Canastos, es el jefe!

Los ocupantes del cuarto se quedaron mudos de asombro, excepto el jorobado que ahora se despojó del tapaojos de cuero.

Se enderezó totalmente y mostró tener una altura de seis pies.

Respiró profundamente y su poderoso tórax se expandió.

Todd se adelantó parpadeando.

—¡Jefe, cualquiera lo conoce con ese disfraz de camello!

El falso tuerto abrió el ojo y parpadeó para restablecer la visión normal, mientras seguía riendo.

—¡Tú has sido el más listo, Todd! —El jefe lo palmeó afectuosamente.

Garden estaba hecho una pieza.

—Jefe, palabra que no lo hubiera conocido nunca.

El jefe fue calmando la risa.

—Por veros la cara de pasmados, valía la pena.

Garden exclamó:

—¡No debió hacerlo, jefe! ¡Estuve a punto de meterle un balazo!

El jefe entrecerró un ojo.

—Te habría podido desarmar mientras estornudaba, Lou. ¿Es que no me conoces?

Todd rió alborozado e intervino:

—¡Claro que sí, demonios! El tipo que consiguiera matar a Scott Chase tendría que tomarle medidas para hacerle un monumento. Nadie puede conseguirlo.

El jefe sonrió a su ojo derecho.

—Eres grande, Todd. Tú eres el único que llegará lejos.

—¿Verdad, jefe? —exclamó súbitamente, y cambió de gesto—. Tengo que darle algunas quejas, jefe.

Scott lo miró cejijunto.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Estos tipos se han divertido pegándome de lo lindo.

Scott distendió sus gordos labios.

—Sabéis que el que me toque a Todd se la gana —miró a Garden y gritó—: ¿Lo oyes, Lou?

Garden asintió:

—Sí, jefe —hizo una mueca de rabia a Todd—. Se lo cuidaremos tanto que un día lo encontrará en conserva.

Scott lo observó cejijunto y de pronto soltó la carcajada.

—¡Infiernos, eso es bueno, muchacho! —Luego cambió de tono y paseó por la estancia—. Escuchadme, chicos.

El jefe se detuvo en el centro del dormitorio y desparramó la mirada sobre el cuarteto. —Éste ha sido el juego de los disfraces— empezó—. Tú, Garden, has hecho al geólogo de maravilla. La gente se lo ha creído. Lo mismo puedo decir de vosotros tres.

Todd sonrió plantándose en primera fila.

—Usted ha sido el mejor, jefe —aduló—. No lo hubiera conocido ni Carmencita la mexicana. Y eso que la chica se lo sabe a usted de memoria.

Scott celebró la salida de su preferido con una risotada.

Pero volvió a ponerse súbitamente serio.

—Todos hemos trabajado en esta comedia. Hemos logrado infiltrarnos en el pueblo y nadie sospecha que la banda de Scott Chase está preparándose para el asalto del Banco —hizo una pausa y añadió—: Sí, muchachos. Mañana mismo daremos el golpe. He logrado colocarme en la trastienda del Banco con la excusa de recoger papeles sucios.

Eso me ha dado ocasión para enterarme de la situación interior de la oficina.

Todd cabeceó.

—Usted debía haber estudiado para ingeniero, jefe.

—Gracias, hijo —el jefe continuó—: Además, tengo caballos preparados en cierto lugar que nos servirán para volar a punta de casco.

Garden tosió dos veces.

—Acabe, jefe. Por sus palabras sospecho que a pesar de todo falla algo.

Todd asintió poniéndose en posición de firmes.

—Sí, jefe —repitió—. Usted no las tiene todas consigo.

Scott sonrió.

—¡Cómo me conoces, hijo! —prosiguió—: Hay que superar un obstáculo.

Garden ladeó la cabeza y se apoyó en el brazo del sillón.

—¿Qué dificultad es, jefe?

Scott miró a sus hombres uno a uno y dijo gravemente:

—El telegrafista.

Un largo silencio se hizo en el interior de la habitación.

Todd saltó:

—¿El tipo de los telegramas? ¡Infiernos, tiene agallas y maneja bien el «Colt»! Pero no veo qué tenga que ver con nosotros.

Scott frunció los labios.

—Esta vez me has defraudado —dijo—. Mira que si me resultas tarugo…

Nadie osó abrir la boca mientras Scott se disponía a continuar.

De pronto, alzó la cabeza y escupió las palabras.

—¡No tenéis pupila! —exclamó—. Ese tipo nos molesta por la sencilla razón de que su condenada oficina de telégrafos está enfrente mismo del Banco.

Todd chascó los dedos.

—¡Ahora caigo, jefe! El tipo se meterá en el fregado cuando demos el golpe.

Scott suspiró.

—Ahora continúas funcionando, muchacho. Tú lo has dicho. El telegrafista nos saldrá por la espalda en cuanto note el revuelo. Ya sabéis que en otras ocasiones hemos tenido que emplomar a algún empleado o cliente que hacía el tonto. Apuesto a que sí hay algún estampido, el telegrafista nos cogerá por la espalda. Esa oficina encristalada le sirve para husmear hacia el fin del mundo.

Garden se hizo cargo de la dificultad.

—Incluso si el tipo observa algo anormal no tardará en intervenir.

El hosco Bart Michigan rompió el silencio por primera vez.

—Estáis haciendo un problema de nada. Sí, jefe. Eliminar a ese tipo del telégrafo ahora mismo será más fácil que asomarse. Yo me encargo.

Scott lo miró como a una rata en estado de descomposición.

—Tú estás loco de remate o eres idiota por herencia. Una de dos.

Bart hizo una mueca.

—¿Por qué, jefe? —Se quedó con la boca abierta.

Scott pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No podemos asomar los hocicos hasta el momento del golpe, imbécil! ¿Es que no te das cuenta? ¡No podemos destacarnos! ¿Te lo escribo, cabeza dura?

Bart cayó en la cuenta después de un rato.

—No he dicho nada, jefe.

Scott se paseó por la habitación.

—Ése es el quid de la cuestión. Las horas del Banco coinciden con el trabajo de Dolan.

Nos tendrá a punto en cuanto saquemos el «Colt».

Bart arriesgóse a emitir una opinión para cobrar puntuación.

—Usted debió contratar a alguien para que lo liquidara, jefe. Así no tendríamos esa pega ahora que el golpe está rezumando de maduro.

Scott respingó incrédulo.

—¿No te has dado cuenta?

Todd se acercó sonriente.

—Deje que le moje la oreja a éste por mamarracho, *jets*. Si será adoquín que todavía no ha caído en que contrató a Flip.

Bart bajó la cabeza avergonzado.

—El día que yo falte, serás tú quien lleve el mando de la organización, muchacho —suspiró—. ¡Todd es el único que sabe manejar algo más que un «Colt»! ¡Aprended de él!

Garden rezongó:

—Debía verlo correr detrás de las primeras faldas que ve.

Scott miró a Garden gravemente.

—Todos los grandes hombres han tenido ese defecto.

Todd resplandeció.

—¡Gracias, jefe! ¿Me traspasará al bombón de Carmencita?

Scott fue a responder, pero en aquel momento advirtió que la puerta estaba abierta y un sujeto alto les encañonaba con un revólver.

Los demás respingaron a coro al reconocer al sujeto.

Scott se dirigió al recién llegado con las mandíbulas apretadas de rabia.

—¿Qué es lo que vende, hermano?

Todd gimió por detrás:

—¡Es Herman Hollister, jefe!

Scott ponderó el aspecto del tipo armado.

—¿Hollister, eh?

El tipo alto entró cerrando la puerta con el pie.

—¿No me conoce, Chase?

—Sólo de nombre. Me hablaron de que era el único pistolero en

Texas que trabajaba a sueldo a tanto la hora.

—Cien dólares la hora, Chase —dijo el pistolero.

Scott reaccionó con una carcajada.

—Eso es bueno. Condenadamente bueno.

—Si se acerca más, le hago un taladro para las malas digestiones, Chase.

El jefe se detuvo y observó divertido al hombre que trabajaba por cien dólares la hora.

—Mire cómo se me pone la carne de gallina, matasiete.

—No insulte, Chase. Vengo a negociar.

Scott dejó pasar un segundo y soltó una carcajada, volviéndose hacia sus hombres.

—¿Habéis oído eso, chicos? Hollister dice que viene a negociar.

—Sí, Chase. Eso quiero.

—No nos dedicamos a vender patatas.

Hollister marcó los músculos de la mandíbula.

—No me gustan las payasadas, Chase. He venido a ofrecer mis servicios. También lo hago a domicilio. Chase se retorció de risa.

—De modo que buscas clientes. ¡Aprended de Hollister, muchachos! ¡Un tipo que dará que hablar!

—Ya doy, Chase. Soy el mejor pistolero del Estado.

Chase fingió sorpresa.

—¡Canastos, lumbrera a la vista! —rió espasmódicamente—. Chicos, si no fuera por estos ratos…

Todd acompañó al jefe en la risa.

—¡Ay, que me troncho, patrón! —Y se golpeaba el abdomen, dando saltos.

Hollister adoptó una expresión pétrea.

—Sé que tienen dificultades con el telegrafista. Yo lo puedo clavar a tiro limpio y dejarlo pegado a la pared como la piel de una res.

Chase dejó de reír.

—¿Cómo sabe eso? —Galleó.

Hollister sonrió por primera vez.

—Sé que ese míster los lleva de cabeza. Temen que les dé que hacer. No disimule, Chase. Además, yo adivino los deseos del cliente para servirlo en el acto.

El jefe se rascó la cabeza pensativamente.

—Me deja de una pieza —lo miró con un ojo—. Conque cien dólares la hora, ¿eh?

Hollister enfundó el revólver.

—Si yo no lo facturo al infierno, ya puede despedirse de atacar el Banco.

—¿Cómo? —exclamó Chase.

Hollister cabeceó.

—Sé a lo que van, señores. ¿Hace el trato? ¡Cien dólares a la hora! Con una tengo de sobra para llenarlo de agujeros.

Chase cambió una larga mirada con sus hombres, mientras sopesaba la proposición de Hollister.

Todd carraspeó.

—Nos conviene, jefe. No podemos mirar gastos.

Hollister salió al paso de la indecisión de Chase y sacó unas fotografías del bolsillo.

—Aprovecharé su dinero, Chase. Mire —mostró una foto—. Ésta me la hicieron cuando baleaba a Bob *Pianola* en un *saloon* de Kansas.

Chase observó incrédulo la foto. Dos tipos se baleaban y uno parecía caer.

Hollister continuó:

—Fíjese bien. El alto soy yo. El otro es Pianola. En ese momento, ya llevaba el plomo dentro de su organismo.

El jefe se atragantó de la sorpresa y tosió.

—¡Usted es un caso, Hollister!

El pistolero le pasó más fotos de propaganda.

—Ésa cuando me cargué a Ricky *Manzano*. Esta otra cuando baleé a Filosofía Joe. Le encontraron la pelvis astillada y todavía no se lo explican.

—Infiernos —resolló Chase.

—Aguarde —dijo Hollister, y sacó otra fotografía de tamaño postal—. Este retrato lo pondré en los folletos de propaganda que me están imprimiendo. Es algo espectacular.

—¡Éste es Red *Mirada Triste*! ¡Que me ahorquen…!

—Sí, Chase. Mirada Triste. Le han sacado bien, ¿eh?

El jefe devoraba las fotos con los ojos.

—¡Que si le han sacado bien! ¡Tiene incluso la sonrisita aquélla!

Hollister sacudió la cabeza divertido.

Llevo un buen fotógrafo para ciertos trabajos.

Chase no pudo aguantarse y estalló en una risotada.

—¡Hollister! —exclamó—. Usted es un tipo de los grandes. Queda contratado para ocuparse del telegrafista.

Hollister se pasó una mano por la cara.

—Ejem… Saque ahora la pasta. Debo dos días de hotel.

Chase se hurgó el bolsillo, sacó un fajo y lo entregó a Hollister.

—¿Trae el fotógrafo, Hollister?

El pistolero sonrió cabeceando.

—Sí, Chase. Está con el trípode preparado. Usted no tiene que molestarse en venir a presenciar el duelo. Le mandaré unas copias. Chase parpadeó.

—Usted está en todo.

Hollister sonrió.

—Hay clientes lejanos que tienen que convencerse de mi trabajo. Les mando la fotografía como prueba y pagan.

Todd saltó en aquel instante:

—¡Jefe, éste se trama algo! ¡A nosotros nos cobra por adelantado!

Scott Chase gruñó volviéndose hacia Todd.

—Ahora has dicho una estupidez, hijo. Te voy a corregir.

Y le sacudió un puñetazo que lo empotró en el armario ropero.

CAPÍTULO VII

Herman Hollister llegó a la calle y se acercó al sujeto esmirriado que manejaba una cámara fotográfica con la cabeza metida dentro.

—Disimula, Tim —dijo Hollister—. Continúa con la cabeza metida ahí.

El tipo de la cámara mantuvo la cabeza dentro.

—Le escucho, jefe.

—Todo está a punto, Tim. Como los pollos en el horno.

—¿Los ha convencido, jefe?

—Si. Chase y esos papanatas se han tragado todo.

El de la cámara estuvo a punto de sacar la cabeza emocionado. —¿Le han dado carta blanca para telegrafiarle plomo a Dolan?—. Sí, muchacho. —Hollister hablaba por la comisura de la boca—. Ahora nos cargaremos al telegrafista.

—¡Anda por ahí cerca, jefe!

Hollister prosiguió:

—Cuando hayamos acabado con ese sujeto, le daremos cuerda a la pandilla de Chase. La cámara se estremeció a causa de la risa del fotógrafo. —Ya veo el rabo del asunto, jefe.

—Está claro, Tim. Tengo las cosas preparadas para cuando den el golpe. Los balearemos uno a uno.

—El primero Chase, jefe. No lo olvide.

El fotógrafo silbó dentro de la cámara.

Hollister lo miró.

—¿Qué pasa?

—Acabo de ver una fulana estupenda por el agujero del objetivo. Hollister gruñó viendo de lejos a la hermosa Eva.

—La chica lleva de coronilla al telegrafista. ¡Eso nos ayuda, Tim! Ya sabes el refrán: ¡hombre enamorado, hombre baleado!

Eva Wyatt caminó con paso resuelto hacia la estación telegráfica. Entró en la oficina cuando John Dolan salía por una puerta secándose la cara con una toalla.

—Eh, chico de los puños —dijo la muchacha—. ¿Todavía no me llegó la respuesta?

—Todavía no llegó.

—¡Qué clase de servicio es éste!

El viejo Howard estaba atendiendo el receptor.

—¡Cállese, condenación! ¡No me dejan oír nada!

Dolan giró hacia la puerta que había dejado abierta y arrojó la toalla adentro.

Al volverse, puso los brazos en jarras.

—Oiga, encanto. Usted tiene muchos humos…

—¿Me los va a bajar usted? —dijo ella retadora.

—Es una cosa que me gustaría.

—No empiece con triquiñuelas como el rubiales a quien golpeó.

—Triquiñuelas, ¿eh?

—Le tengo tomada la medida.

—¿Cuál es el diagnóstico?

Usted es como los demás. Se hace el interesante para sacar tajada.

El la midió de pies a cabeza.

—La verdad es q e tiene mucho que cortar.

—Cuidado con lo que dice.

—De acuerdo, nena. No quiero herir sus castos oídos.

—Yo sé lo que le pasa, Dolan.

—Me alegro de que haya aprendido mi nombre.

Ella ignoró la interrupción y llenando los pulmones de aire, lo cual fue un bello espectáculo, agregó:

—Usted es un niño bonito del pueblo y se ve que las tiene muertecitas.

—Qué lista.

—No se me escapa nada. Es la verdad.

—Sin embargo, ha habido un tipo que le limpió el bolsillo. Ella apretó los dientes con rabia.

—No me lo recuerde.

—Usted tiene la culpa, talento.

—Cierre el pico si no quiere que haga con usted lo que no hizo

el otro.

Dolan sonrió divertido.

—¿Le gusta la gresca, eh? Si es así, le diré que ha encontrado la horma de su zapato. La joven fue a replicar, pero en ese momento se abrió la puerta y entraron en la estancia dos extraños tipos.

Uno tenía una cámara fotográfica con trípode sobre los hombros. El otro, era un tipo mal encarado que dijo:

—Anda, Tim, busca el mejor ángulo. Quiero que salga bien.

—Si, Hollister. Ahora mismo.

El hombre del trípode desparramó la mirada por la estancia buscando dónde colocar la máquina.

Dolan, el viejo y Eva se habían quedado de muestra.

Tim, el fotógrafo, emitió un gruñido, se dirigió a un ángulo de la estancia, frente a la ventana.

—Sí, creo que aquí saldrá bien —comentó, y puso el trípode en el suelo.

—Eh, oigan —dijo Dolan—, ¿quiénes son ustedes?

Tim contestó:

—Soy un artista.

Howard saltó de la silla.

—Infierno, ahora está claro. Deben de ser periodistas que quieren una fotografía nuestra. Apuesto a que la publican en un diario importante.

Hollister sacudió la cabeza.

—Les puedo asegurar que esta fotografía tendrá una gran publicidad. Me gusta este lugar… Palabra que sí… ¿Me oyes, Tim?

—Sí, Hollister.

—¿Cómo está de contraluz?

—Perfecto. Me están temblando las piernas… Sólo me emocioné tanto cuando hicimos aquella fotografía de los recién casados… Pobre novia. Casada y viuda casi en el mismo momento.

Howard rezongó:

—¿Le dio al novio un colapso?

Tim sacudió la cabeza.

—Desde luego, fue cosa del corazón.

Howard se lamió la mano con la lengua y luego se la pasó por el cabello. Lo repitió tres veces. Luego se palmeó la manga, limpiándola de polvo.

—Caramba —dijo Eva Wyatt—. Casi estoy por fotografiarme yo también.

Hollister la miró fijamente.

—No se lo aconsejo.

Tim, el fotógrafo, terminó de preparar la máquina y escondió la cabeza bajo el trapo negro.

—Usted, Dolan —dijo con voz que sonó hueca desde su escondite—, póngase enfrente.

Ligeramente desviado hacia la ventana. John Dolan se fue al lugar indicado.

—¿Dónde me pongo yo? —preguntó Hollister.

—Ahí estás bien. Avanza un paso.

Hollister dio el paso.

Howard saltó.

—¡Yo en medio!

—No, abuelo —repuso Tim—. Si se pone en medio, va a recibir las dos balas.

—¿Qué dos balas?

Hollister carraspeó.

—Bueno, ya que está todo listo, puedo decirlo. Le voy a meter una bala en el centro del pecho, Dolan.

El viejo retrocedió como si hubiera visto la muerte.

—¿Qué lío es éste?

Dolan arrugó el entrecejo.

—Me estoy oliendo el pastel, abuelo.

Hollister cabeceó.

—Tómelo con tranquilidad, muchacho. Si echa a correr estropeará la placa.

—Oh, no, por nada del mundo lo haría —dijo Dolan.

Tim asomó la cabeza sonriente.

—Gracias, es usted un joven muy simpático.

—No hay de qué, fotógrafo, no hay de qué.

Eva Wyatt compuso una mueca de perplejidad.

—Oigan, díganme. ¿Se han vuelto locos ustedes? ¿De qué están hablando?

Dolan se acarició el mentón.

—Usted, encanto, apártese un poco del fotógrafo y lo comprenderá todo en seguida.

Eva retrocedió como una sonámbula.

Hollister dejó colgar los brazos a lo largo de los costados.

—Cuando quieras puedes sacar el pajarito, Tim —miró a Dolan —. Ésa será la señal.

Howard se había puesto muy nervioso y palmeó sonriente.

—Infiernos, va a salir un pajarito.

Dolan dio una cabezada.

Cuando ustedes quieran. Pero dígame una cosa, Hollister. ¿Quién le sacude la pasta para esta payasada?

—Soy una tumba.

—Hable con propiedad. Se irá a la tumba, y es lástima que no suelte el nombre de su patrón.

Hollister rió a golpes.

—Sólo por bravuconear, le voy a subir la dosis. Al plomo para el catarro le agregaré otro para curarle el estómago.

—Piensa en todo, Hollister. Muy amable.

—No se me emocione y vaya a echarse a llorar. Anda, Tim, cuando quieras, antes de que se convierta en un merengue.

Tim cogió la vejiga del disparador.

—Voy a contar hasta tres y saldrá el pajarito. Una… Dos… Tres…

Hollister movió rapidísimamente la mano derecha.

Dolan flexionó la pierna izquierda y en su diestra vacía surgió como por arte de magia el «Colt».

Apretó el gatillo cuando aún Hollister estaba levantando el cañón.

La bala entró por el pómulo izquierdo del pistolero, y su cabeza cobró un extraño movimiento, como si estuviera unida al cuerpo por un resorte.

Dio dos vueltas vertiginosas y por un momento su cuello pareció un muelle. Luego se deslió. Para entonces, estaba ya muerto.

Naturalmente, perdió la vertical y quedó tendido en el suelo.

—¡Canastos! —exclamó Howard—. No salió el pajarito.

Dolan movió la cabeza.

—Era otro de los trucos.

El fotógrafo sacó la cabeza del escondite. En su cara había estupor.

—No, no puede ser…

Dolan dijo:

—Espero que haya sacado una buena fotografía.

—¡Condenación! Esto es la ruina para mí… Hollister me pagaba como nadie las fotografías…

—Le voy a dar una buena idea, Tim. ¿Ha tirado una buena placa?

—Seguro.

—Venda a algún periódico la exclusiva con este pie: final de Hollister en un pueblo de quinta categoría. Ya verá cómo se lo pagan bien.

El semblante del fotógrafo se iluminó.

—Cielos, eso no está nada mal —atrapó su máquina y se la echó al hombro.

—Espere un momento, Tim —dijo Dolan.

—¿Qué quiere ahora?

—¿Por qué Hollister vino a liquidarme?

—No sé nada de eso. Yo sólo era un asalariado suyo. Jamás me comunicaba la parte administrativa de su negocio. Gracias, señor Dolan. Usted es algo grande —caminó rápidamente a la puerta, pero de pronto se detuvo—. Eh, oiga. ¿Qué le parece si montamos el negocio entre los dos?

—Lárguese antes de que le estropee la cámara de un pistoletazo.

Tim echó a correr.

Eva Wyatt todavía no había salido de su asombro y Dolan se dirigió a ella:

—¿Quiere una taza de tila, encanto?

Instantáneamente, la joven pareció volver en sí y sus ojos chispearon de furia mirando al telegrafista.

—¿Cómo lo hace?

—¿El qué?

—Esa habilidad suya con el revólver.

Dolan se rascó la cabeza.

—Es cuestión de mucho entreno y de poseer ciertas condiciones especiales.

—¿Y se gana la vida mandando y recibiendo telegramas?

—¿Me preferiría haciendo la combinación con Tim, el fotógrafo?

—No lo prefiero de ninguna forma. Nunca me han gustado los matasietes.

—Qué rica. Según usted, tenía que haber dejado que Hollister manchase la pared con mis sesos.

La puerta se abrió de golpe y apareció el *sheriff* Flipman esgrimiendo una escopeta de dos cañones.

—¡Pongan las manos en alto! —gritó—. ¡Soy la autoridad! —Al instante torció la boca observando el cadáver que había en el suelo —. ¡Por las barbas de John Smith…! ¿Qué es esto?

—Otro muerto —contestó Howard.

—Eso ya lo sé. ¡Condenación! —El *sheriff* miró a Dolan—. ¿Cosa tuya?

—Absolutamente.

—Diablos, ¿es que te vas a convertir ahora en un
gun-man
?

—Sólo conseguí evitar que me mandase a una caja de pino.

—¿Qué está pasando en este pueblo, Johnny? Me gustaría saberlo.

Howard soltó una risita.

—¿Y usted es el *sheriff*?

—A callar, abuelo. Otra burla como ésa y sabrá de verdad que soy el *sheriff* Otros hombres entraron en la oficina y el *sheriff* ordenó que levantasen el cadáver.

Antes de salir, Flipman miró a Dolan.

—Oye, Johnny, por lo que más quieras. No armes otro alboroto…

—Seguro, *sheriff*. La próxima vez iré con más cuidado. Después de todo, si me agujerean la piel, puedo comprar una nueva.

El *sheriff* fue a darle las gracias, pero quedó con la boca abierta.

—¡Maldición! ¡No estoy para ironías…!

Y tras decir eso, salió de la estancia.

De pronto, el aparato transmisor empezó a funcionar. La tira de papel se puso en movimiento.

Dolan esperó unos segundos y luego cazó la tira.

—Ya llegó la respuesta de su tío, señorita Wyatt.

La joven acudió a su lado sonriente.

—¿Qué es lo que dice?

Dolan soltó un gruñido por lo bajo y leyó el texto en voz alta:

«Te está bien empleado por testaruda. No esperes de mí un centavo. Arréglatelas como puedas. Saludos, *Sam*».

CAPÍTULO VIII

Bart Michigan entró como una centella en la estancia.

Los cuatro hombres que había dentro se volvieron hacia él. En la cara de Scott Chase había una sonrisa.

—No nos digas nada, Bart. Ya oímos el estampido. Hollister se cargó al telegrafista.

—¿Va un dólar a que no?

Chase dejó de sonreír poco a poco.

—¿Qué dices, Bart?

—¿Apuesta o no apuesta?

—Maldita sea. ¿Es que quieres que te eche la dentadura abajo? ¡Suéltalo de una vez!

Bart guardó la moneda en el bolsillo y puso una cara triste porque había desaprovechado la oportunidad de ganar la apuesta.

—Fue el telegrafista quien se cargó a Hollister.

Durante unos segundos la estancia pareció un panteón. Por último Scott Chase rugió con los puños apretados sobre el pecho:

—¡Le pagué cien dólares a Hollister! ¡No puede timarme!

Bart movió la cabeza.

—Si quiere que le devuelva el dinero, tendrá que ir muy lejos, jefe.

Scott se adelantó sobre su informante y le atizó un terrible derechazo en la cara. Sonó un chasquido y Bart fue dando vueltas hasta la pared del fondo. Al chocar contra ésta puso los ojos en blanco y cayó sobre los cuartos traseros.

Scott paseó hecho una furia.

—¿Qué os parece eso? Con los sudores que cuesta ganar el dinero…

—Y que lo diga, jefe —repuso Todd—. Cada día está todo

peor… No sé dónde vamos a ir a parar.

—¡Silencio! —ordenó Scott.

El ceremonioso Louis Garden se miró las uñas y al notar que tenía una demasiado larga, sacó unas pequeñas tijeras del chaleco y se puso a recortarla. En esa posición dijo:

—¿Por qué no me deja a mí, jefe?

—¿Qué es lo que tengo que dejarte?

—Me estoy refiriendo al telegrafista. Si me concede carta blanca, le meto una rociada con morse y todo.

—Supón que te lo concedo. ¿De qué forma lo vas a hacer?

—No he pensado nada aún, pero ya se me ocurrirá algo. Usted sabe que soy un chico con muchas posibilidades. Además, tengo varias ventajas a mi favor.

—¿Qué clase de ventajas?

—Al telegrafista le ha gustado una chica que está de arribada forzosa en la ciudad. Y justamente ella y yo hemos congeniado mucho.

—¿Sí?

—Todd se lo puede contar todo.

Todd se tocó una de las hinchazones de la cara.

—Para congraciarse con ella me sacudió a mí.

Los ojos de Louis Garden brillaron intensamente.

—Tú sabes que no fue por eso, sino para que no echases a rodar nuestro plan.

Todd soltó un gemido.

—Cada vez que recuerdo la paliza que me pegaste me dan ganas de marcharme a casa.

Chase se acercó a su favorito y le palmeó la espalda.

—No digas eso, Todd. Si alguien te vuelve a tocar, me lo dices a mí y le hago la trepanación.

Al, que siempre permanecía con la boca callada, se puso a soltar denuestos por lo bajo.

—¿Qué te pasa a ti? —preguntó Scott Chase.

—¿Qué me va a pasar, jefe? Vinimos a asaltar el Banco y, ¿qué es lo que estamos haciendo?

—Eliminando obstáculos.

—Al infierno con los telegrafistas, las fulanas que le gustan a Todd y las demás tonterías… Un asalto es otra cosa.

—¿Qué es un asalto?

—Tenemos revólveres, ¿verdad? Y también caballos. Yo creo que lo único que debemos hacer es presentarnos en el Banco y empezar a tiros con todo el mundo.

Scott Chase meneó la cabeza dubitativamente mirándose la punta de las botas.

—¿Quién me trajo a este tarugo?

—Fui yo —dijo Bart.

—Más me habría gustado que te hubieses llegado aquí acompañado por un bloque de granito. Sería menos duro que la mollera de tu amigo Al.

El aludido saltó.

—Oiga, Chase. Formé parte de la banda de Jim Layden. ¿Sabe lo que eso significa?

—No. Dímelo tú.

—Dieciocho asaltos en cuatro meses.

—Estupendo. De modo que ibas con la banda de Jim Layden. Dime ahora qué es lo que le pasó a Jim Layden.

—Se lo cargaron.

—Y lo dices así. Se lo cargaron… ¡Pedazo de estúpido! ¿Por qué se lo cargaron?

—Tuvimos mala suerte en el golpe que pegamos en Colmillo Blanco.

—Ahí lo tienes. Sé lo que pasó en Colmillo Blanco. Os presentasteis allí dando la cara y os encontrasteis con un *sheriff* que sabía manejar el revólver. Reunió a cuatro hombres y ellos cinco casi se cargaron a toda la banda. Erais nueve y sólo quedasteis dos para contarlo.

Al torció la boca.

—Bueno, son gajes del oficio. Siempre se ha de correr un poco de riesgo.

—Todo en esta vida es cuestión de arte, muchacho. Y hasta un asalto puede serlo también. Eso es lo que estoy yo haciendo. Hacer del robo un arte… Para ello tengo en cuenta los más mínimos detalles… Algún día llegará en que serán reconocidos mis méritos. Por eso no quiero hacer las cosas como Jim Layden, a lo bruto… Soy un científico, Al. Y tú eres un pedazo de animal. Ésa es la diferencia que existe entre nosotros. Pero tú vas a seguir mis

órdenes o te juro que te parto el espinazo.

Al bajó la mirada al suelo.

—Perdone, jefe.

—Ya estoy harto de que se me pida perdón después de haber cometido la pifia. Será mejor que lo tengáis en cuenta. Me estáis hartando. Ahora el objetivo es eliminar a ese John Dolan. No se trata de que tenga su oficina frente al Banco. Es cuestión de amor propio… Demonios, se nos ha escapado dos veces y eso es demasiado. No lo podemos ni debemos consentir.

Así hablando, se acercó a la silla donde descansaba su giba artificial.

Ante los ojos de todos, se encorvó flexionando un poco las piernas y su talla pareció disminuir.

Con gran destreza, puso la giba en su lugar. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó el trapo negro con el que se cubrió el ojo.

—Bien, muchachos —dijo con su voz de trapero—. Me voy a dar una vuelta por ahí. Y tú, Garland, a ver si cumples lo que me has asegurado.

—No se preocupe, jefe —sonrió el rubio—. Ese John Dolan ya puede ir despidiéndose de la familia.

Seguidamente Scott Chase, bajo su disfraz, abandonó la habitación.

CAPÍTULO IX

El viejo Howard se rascó la pelambrera y miró a John, que estaba sentado en una mesa clasificando los oficios que habían recibido durante el mes de la capital del estado.

—Oye, chico. Estoy pensando en lo de Hollister.

—¿Y qué has adelantado?

—Me huele a chamusquina.

—La verdad es que no tengo muy claras las ideas. Sólo te puedo decir una cosa. Aquí se está cociendo algo.

—Te diré algo en secreto, abuelo. Yo llegué a la misma conclusión mucho antes de que Hollister apareciese con su fotógrafo de pega.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —saltó el abuelo.

—Para no asustarte.

—Canastos, John. ¿De qué se trata?

—Tampoco lo sé. Luego me daré una vuelta por ahí para ver si cazo algo.

—¿Y si tuviese algo que ver con Peter Sastaneva y Chuck Crapp?

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Si hubiese sido así, se habrían dejado caer por aquí a cuerpo limpio, pero el tipo que estaba en la marquesina se disponía a dispararme a traición y Hollister es un pistolero a sueldo —meneó la cabeza en sentido negativo—. No, abuelo. Estoy seguro de que no tiene nada que ver con aquellos forajidos.

Howard soltó un gruñido por toda respuesta y se puso a trabajar.

Cuando el joven hubo terminado de clasificar los oficios, preguntó:

—¿Qué clase de telegrama pusiste a Mary Wilton?

—Matt me lo dictó.
—Está bien. Léelo.
Howard buscó un papel del cajón y leyó en voz alta:

«Mary: no volveré a beber. Te lo prometo. Todo tuyo y deseando abrazarte. Matt».

—Está correcto.
—Esperemos que dé resultado —dijo el viejo con un suspiro.
Johnny lió un cigarrillo y lo encendió. Permaneció un rato pensativo observando las volutas de humo que ascendían al techo.
—Oye, Johnny —dijo Howard a sus espaldas—. Te veo un poco encantado y eso es grave.
—¿A qué gravedad te refieres?
—A la chica, naturalmente. Y no me preguntes ahora de qué chica se trata.
—La verdad es que me preocupa, pero no en el sentido que tú crees.
—¿Sí? ¿Por qué te preocupa?
—La chica está aquí sin pasta.
—¿Por qué no le ofreces dinero, entonces?
—No me dio tiempo. ¿Es que no lo recuerdas? Cuando leyó el telegrama de su tío, salió de aquí disparada como un cohete.
—A ese tío de ella, Samuel, le eligieron bien el nombre. ¿Por qué demonios no le habrá mandado un puñado de dólares, por lo menos para el boleto de regreso?
—Me parece que comprendo a tío Samuel.
—¿Qué quieres decir, Johnny?
—Esa chica es una potranca, una muchacha que siempre ha hecho su voluntad. Ya me entiendes, se le mete una idea en la cabeza y ha de llevarla a la práctica pese a quien pese. Yo veo así las cosas. Su tío Samuel le aconsejó que no comprase esa granja, quizá porque encontró sospechoso al individuo que le hizo la oferta, pero ella estaba muy empeñada en llevar una vida independiente, en ser toda una mujer. A la chica la han engañado y el tío Samuel ha visto confirmadas sus sospechas. Ahora quiere dejarla una temporada en la estacada para que realice una cura de orgullo.

—No está mal eso. Pero si no tiene dinero, ¿cómo se las va a arreglar? ¿No crees que habrá algún tipo vivo que la ponga en peligro si le arrima el ala?

—Creo que no. La chica tiene carácter y sabe quitarse los moscones de encima, aunque alguno resulte tan pesado como Rigges.

La puerta se abrió de pronto, dando paso a Matt.

—Hola, muchachos —dijo alegremente.

Howard y Dolan lo miraron con el ceño fruncido. Fue el abuelo quien preguntó:

—¿Ya le has atizado un latigazo?

Matt compuso una mueca.

—Ni hablar, Howard. Palabra que no lo he probado. Estoy tan alegre porque espero que Mary se haga cargo de las circunstancias y regrese a mi lado.

—No te hagas demasiadas ilusiones.

El semblante de Mary se demudó.

—No me irás a decir que Mary ha contestado diciendo que se queda con sus padres, ¿eh, abuelo? No me lo digas o me da algo.

Dolan intervino.

—No te preocupes. Todavía no ha habido ninguna respuesta.

Matt dio un suspiro.

—Menos mal… Infiernos, el abuelo me ha metido el resuello en el cuerpo.

Dolan se puso en pie.

—Voy a salir, Howard. Te haces cargo de todo… ¿Te vas a quedar, Matt?

—Si no molesto, prefiero estar aquí.

—Está bien. Haz compañía al abuelo.

Dolan salió de la oficina y se dirigió al hotel El Alto en la Ruta.

Justamente en la puerta se encontró con el jorobado.

—Caramba, Dolan, tengo que felicitarte otra vez… Me han dicho que se ha cargado usted a Hollister, un forajido muy famoso. —Se me da bien esta temporada— contestó Johnny.

Scott Chase sintió que la sangre le ardía en las venas. Guiñó el único ojo que exhibía con lo cual logró hacer su cara más repelente.

—Tenga cuidado, hijo.

—¿Con quién?

—Dormí un par de horas y tuve un sueño muy malo.

—¿Qué es lo que soñó?

—Que a usted lo sacaban con los remos por delante.

—Gracias por haberme visto así en su pesadilla. Ya sabe lo que dice el refrán: «Sueña con un tipo tieso y no lo verás muerto ni con queso».

Otra vez Chase se sintió poseído por la ira. Pero bueno, ¿por qué se preocupaba? Garden se iba a ocupar de aquel aguafiestas.

—Salud, telegrafista —dijo—. Ande, páseme la mano por la giba para que le dé buena suerte.

—No creo en esas cosas, amigo, pero gracias por su buena voluntad.

John entró en el hotel y dirigióse al registro donde estaba Lex Peabody.

—Hola, Lex. ¿En qué habitación se hospeda la señorita Wyatt?

—La trece.

—Buen número.

—No lo es para ella. Ya me ha dicho que no tiene plata para pagar.

—¿Y tú qué le has contestado?

Lex se encogió de hombros.

—¿Qué quería que le dijese? Esto no es una asociación de caridad.

—¿Cuánto debe?

—Diez dólares. Cuando llegó aquí me anunció que le llegaría el dinero hoy mismo, pero eso no ha llegado a ocurrir. Le he dicho que si mañana no se sacude la plata, tendrá que buscarse otro techo.

—Está bien. Voy a hablar con ella.

—Oye, ¿por qué te metes a redentor? —sonrió Lex—. Bueno, no hace falta que lo pregunte. La chica tiene un esqueleto muy bien cubierto.

—Oye, Lex —dijo Dolan, y puso el codo en el mostrador.

Peabody acercó la cabeza sonriendo a Johnny para oír algo confidencial. Efectivamente, John le acercó la boca al oído y con voz suave dijo:

—¿Te han roto alguna vez la cara?

Lex fue aflojando poco a poco la sonrisa hasta poner cara de

conejo.

Dolan le hizo un saludo con la mano y ascendió por la escalera.

Al llegar ante la puerta número 13 llamó suavemente con los nudillos. Oyó unos pasos y Eva Wyatt le abrió.

El rostro de la joven resplandeció con una sonrisa.

—¿Ha llegado una nueva respuesta de mi tío?

—No, señorita.

—Entonces, ¿qué pinta aquí? —preguntó poniéndose seria.

—¿Puedo pasar? Quiero decirle algo confidencial.

La joven titubeó unos instantes, pero por último se apartó del hueco.

—Está bien, pase.

Johnny entró en la estancia y cerró tras de sí.

Eva cruzó los brazos y quedóse mirando la cara de su visitante.

—Está bien. Dígalo.

Dolan carraspeó masajeándose el mentón.

—Quiero hacerle un préstamo, señorita Wyatt.

—¿Cómo?

—Le puedo dejar el dinero que resuelva su papeleta.

La joven entornó los ojos.

—¿De modo que era eso…? Claro que sí. ¿Por qué no me lo he supuesto antes…? Usted ha conocido a una humilde chica, a una pobre muchacha que se ha quedado sin plata en un pueblo que le es desconocido, a una mujer, casi una niña, que no tiene dónde acogerse, a quién implorar… que no tiene siquiera un centavo en su bolso…

John dirigió una mirada en derredor.

—Oiga, ¿dónde está esa chica de que habla?

La joven dio una patadita en el suelo.

—Déjese de sarcasmos. Acabo de descubrir sus intenciones, señor Dolan. Usted sólo pretende una cosa.

—¿El qué?

—Aprovecharse —la joven dio una cabezada—. Eso es. Aprovecharse.

Johnny entornó los ojos.

—¿Es eso lo que piensa de mí?

—No trate de echar marcha atrás, señor Dolan. Usted ha pensado que con un poco de dinero conseguiría lo que no pudo

lograr Rigges.

—Oiga, ¿sabe una cosa? Cada vez que hablo con usted me da fiebre.

—Pues tírese al abrevadero.

—Qué elegante es usted.

—Con ciertos tipos hay que tener mucho cuidado.

—Y yo soy uno de ellos.

—Desde luego.

—Escúcheme bien, talento. Vine aquí para hacer una obra de caridad.

La joven dejó caer los brazos con los puños cerrados.

—¿Me va a decir que me tiene lástima?

—¿Qué quiere que le tenga, si se encuentra aquí sola, sin familia y sin plata…? Lo crea usted o no, he venido para ofrecerle dinero desinteresadamente, justo el que necesitaba para pagar el hotel y comprar el boleto que le sirva para regresar al condenado pueblo de donde salió.

—¿Condenado pueblo? ¿Qué tiene que decir usted de mi pueblo?

—Apuesto a que se quedaron muy tranquilos cuando salió usted de allí.

—¡Sepa que más de cincuenta personas vinieron a despedirme!

—Claro que sí. Estaban muy alegres porque no la iban a ver más.

Eva hizo rechinar los dientes.

—Para que se entere usted —levantó la diestra con los cinco dedos bien separados—. Tengo cinco aspirantes a mi mano.

—Cinco idiotas a los que atontolinó pegándoles unas cuantas veces.

Ella quedó con la boca abierta.

—¿Qué es lo que dice?

—Ya me ha oído, señorita Wyatt.

—¿Piensa acaso que no han sido mis dotes de atracción lo que ha hecho enamorarse a esos hombres?

—Oiga, no alarguemos esto más de la cuenta.

—¿Quién lo llamó a usted? Vino aquí por su propio pie.

—Sí, vine por mi propio pie porque creí que usted comprendería mi sana intención, pero ya veo que me equivoqué. Está bien.

Arrégleselas como pueda. Adiós, señorita Wyatt.

Johnny hizo girar el tirador y salió fuera cerrando de un fuerte portazo.

Empezó a caminar muy aprisa por el corredor cuando de pronto oyó una voz.

—Eh, usted.

Se detuvo volviéndose bruscamente. Allá en la habitación siguiente a aquélla en la que se hospedaba Eva Wyatt, había un hombre alto, rubio, de ojos grises que se cubría con un traje oscuro de corte impecable y corbata de lazo.

—¿Cree que eso es educación?

—¿De qué habla, hermano?

—He oído sus gritos.

—¿Por qué no se tapona los oídos?

—Ha ofendido a la señorita Wyatt y eso es algo que no me gusta nada.

—Eh, oiga, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Louis Garden y soy todo un caballero.

—Le voy a decir una cosa, señor Garden. Métase donde le llamen.

Garden esbozó una sonrisa.

—Aquí me han llamado.

—Escuche, Garden. Es cierto que la señorita Wyatt y yo opinamos de distinta forma respecto a cierto asunto. Hubo una discusión y se acabó.

—Es posible que se las esté dando. ¿Y sabe por qué? Tengo la sangre revuelta y no me gustaría que un inocente pagase de una vez por todas.

En la frente de Garden se hinchó una venilla.

—No consiento que nadie se burle de mí.

—Es usted muy quisquilloso, pero ya terminé también con usted. Le daré un consejo. Procure no escuchar las conversaciones de los otros huéspedes. Hasta la vista, señor Garden.

John continuó su camino.

Garden estuvo tentado de sacar el revólver, pero titubeó unos instantes y cuando puso los dedos sobre la culata, Dolan ya había desaparecido en el corredor.

Todd apareció en la puerta.

—Conque lo ibas a matar, ¿eh, Louis?

—Se me escapó por los pelos.

—Y un cuerno. Podías haber sacado el revólver… Pero ya sé lo que te pasa a ti. Sabes que el muchacho es un lince con el «Colt» y tuviste miedo…

Garden se miró las uñas de la mano derecha con aire distraído y de pronto soltó un trallazo en el maxilar inferior de Todd, quien lanzó un aullido’ y se coló por el hueco de la puerta con una velocidad escalofriante.

Garden cerró la puerta escuchando en el interior el estrépito que armaba Todd al desplomarse.

Avanzó hacia la habitación de Eva y llamó suavemente a la puerta. Ésta se abrió bruscamente y Eva apareció diciendo:

—¡Ya estoy harta de…! —se interrumpió al ver que el hombre que tenía delante no era el telegrafista, sino el rubio que había salido en su defensa en la calle.

Garden hizo una reverencia mientras esbozaba la sonrisa número tres de su catálogo destinada a hermosas muchachas abandonadas.

—Soy yo, señorita Wyatt, Louis Garden.

—Perdone, señor Garden, lo confundí con otra persona.

—Me hago cargo. Sé quién es el fulano. Ese telegrafista que se cree el rey del «Colt».

Ella no dijo nada y él prosiguió:

—Un tipo vivo que sabe aprovecharse de las circunstancias. Perdone, señorita Wyatt, pero no pude por menos de oír lo que hablaban. Lo hacían a voces y yo estoy en la habitación de al lado. Estas paredes cada día las construyen más delgadas para ahorrarse material.

—Quizá me he comportado un poco mal con ese Dolan.

—¿Usted cree?

—Me estoy preguntando si efectivamente no vendría aquí con la buena intención de echarme una mano.

—Oh, no, señorita Wyatt. Ya se lo he dicho antes. Ese fulano se llegó aquí para ver lo que pescaba.

—¿Piensa eso?

—Seguro.

—No sé qué decirle… ahora estoy sumida en un mar de confusiones.

—Oiga, señorita Wyatt. Usted sabe diferenciar a los hombres…

—Creí que lo sabía hasta ahora, pero me parece que ando un poco descaminada.

—Un caballero hace notar su educación en seguida. —Garden carraspeó—. Permítame. —Oh, no, señor Garden. Será mejor que no continúe. He decidido no aceptar la ayuda de ningún hombre. No me gustaría que usted lo tomase a mal. Se ha portado muy bien conmigo.

Garden quedó con la boca abierta. Siempre le había ido bien con las mujeres. A decir verdad, ninguna se le había resistido, y he aquí que aquella muchacha que se encontraba en Rover Hill sin dinero lo rechazaba. Súbitamente, sintió un nuevo interés por ella. Demonios, la cara de la joven era un verdadero museo de cosas bonitas. Y si uno se tomaba el trabajo de bajar los ojos, corría el peligro de marearse con tanta curva.

—¿Qué piensa hacer, señorita Wyatt?

—Ahora mismo hablaré con el dueño del hotel y quizá pueda resolver la papeleta.

—Imagino que no quiere que la acompañe.

—Es usted muy amable, señor Garden, pero prefiero ir sola. Gracias de todas formas.

La joven cerró la puerta y después de dirigir una sonrisa a Garden fue hacia la escalera. Garden quedó inmóvil observando el suave contoneo de las caderas femeninas. Cuando ya no tuvo nada que ver se mordió el labio inferior prometiéndose a si mismo que aquello no terminaría allí. No podía dejar de reconocer que Eva Wyatt era un portento.

Le gustaba Eva Wyatt. Sí, señor. Le gustaba mucho.

La joven llegó ante el registro donde se encontraba Lex Peabody.

El dueño del hotel tosió suavemente.

—¿Ya ha resuelto su… negocio?

—No, señor.

—¿Cómo que no? Hace un rato vi que Dolan… —Lex guardó silencio comprendiendo que estaba hablando demasiado.

La joven dijo:

—Rechacé la oferta del señor Dolan.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Oiga, señor Peabody. Estoy dispuesta a ganarme mi hospedaje.

Los ojos de Peabody se abrieron un poquillo más. Miró con atención a la joven y ella dijo en seguida:

—Deseche ese mal pensamiento.

El dueño del hotel enrojeció hasta la raíz del cabello mientras Eva decía:

—Quizá usted necesite una mujer para lavar los platos o para hacer la limpieza de las habitaciones…

—Para eso tengo a Jeremías.

—Lo imaginaba. En cuanto entré en mi habitación y vi cómo estaba hecha la cama, me dije que se debía a las manos de un hombre.

—Jeremías ha venido haciendo ese trabajo desde hace cinco años. Es el cocinero y mi único empleado.

—¿Por qué no deja que siga siendo cocinero y me encarga a mí de lo demás?

—¿A cambio de qué?

—De mi hospedaje completo y un dólar diario.

Peabody entrecerró los ojos como si estuviese estudiando la oferta. Al cabo de un buen rato, dijo:

—Está bien, señorita Wyatt. Queda contratada. Puede empezar ahora mismo.

CAPÍTULO X

Louis Garden entró en el *saloon* La Tortuga Dorada. Allá había una veintena de clientes distribuidos por las mesas y el mostrador. Uno de los que estaban ante la barra era su propio jefe, Scott Chase, el cual le hizo una señal imperceptible.

Cuando se hubo acercado Chase, preguntó:

—¿Qué hay con el telegrafista?

—Todavía está vivo.

—Me alegro mucho.

—¿Sí?

—No tendrás que arriesgarte. Entre los jugadores que hay en aquella mesa del fondo, he descubierto a Jim *Culebra*.

—He oído hablar de él, pero todavía no sé por qué lo llaman de esa forma.

—Por su mente retorcida.

Louis hizo una señal al mozo y éste le llenó un vaso.

Chase soltó una risita.

—Jim *Culebra* emplea unos procedimientos especiales para cargarse a sus víctimas. Es un auténtico genio del mal. Alguien que lo conoce muy bien me contó el trabajo primoroso que realizó en Abilene el año pasado.

—¿Sí? ¿En qué consistió?

—Había allí una sociedad formada por cinco socios. Uno de ellos contrató a Jim *Culebra* para que se cargase a los otros cuatro —se echó a reír—. Sólo de recordarlo me dan ganas de tirarme al suelo…

—Tenga cuidado, no se le vaya a salir la giba.

—Como te iba diciendo, Jim *Culebra* tenía que cargarse a aquellos cuatro tipos. ¿Y qué es lo que hizo? Se presentó como un

futuro cliente de la sociedad que se dedicaba a la exportación del gusano de seda. Hizo una oferta muy fuerte e invitó a los cuatro socios para celebrar la firma del contrato. La cena tuvo lugar en la propia habitación del hotel de Jim *Culebra*. Encargó un pollo para cada uno. Es un tipo muy habilidoso. Un poco antes de sentarse a la mesa, distrajo a sus invitados. En su descuido, roció a los pollos de los otros con un polvo venenoso. Los ingenuos engulleron el pollo y cuál sería su sorpresa cuando minutos después empezaron a tirarse al suelo presa de extraños dolores. —Chase rompió a reír otra vez —. Y el bueno de Jim *Culebra* se precipitó a darles bicarbonato. Pero, naturalmente, eso no sirvió de nada y los cuatro la palmaron.

—Muy bueno, jefe, pero supongo que el telegrafista no quiere pollo.

—No seas estúpido, Garden, Jim *Culebra* no repite dos veces el mismo truco. Ya verás cómo se las arregla bien para acabar con ese Dolan. Inmediatamente, daremos el asalto al Banco.

—Corriente.

—Me iré al reservado número tres. Lleva allí a Culebra.

Chase dejó unas monedas sobre el mostrador y se dirigió a los reservados que había al fondo.

Tomó posesión de una mesa y al cabo de un rato llamaron suavemente a la puerta.

En la estancia entró Garden seguido de un hombre de unos cuarenta años de edad, de cabello rubio y ojos saltones. Miró al giboso Chase e hizo una mueca.

—No cuenten conmigo —fue lo primero que dijo.

—¿Por qué no? —inquirió Chase.

—Los jorobados me dan mala suerte. Soy lo contrario de toda la gente.

—¿Crees en esas cosas, Jim?

—Desde luego. ¿Y sabe por qué? Porque siempre resultan ciertas.

Scott Chase se echó a reír y haciendo un movimiento rápido con la mano se cambió la giba de lugar.

Jim *Culebra* se puso a parpadear.

—¡Canastos! ¿Qué clase de joroba es ésa?

—Una que sirve para disfrazarse.

—Demonios, usted es un tipo grande.

—¿Ya no tienes prejuicios, Jim?

—No, señor. Puede encargarme lo que quiera.

—Está bien, Jim. Anda, siéntate. Hablaremos de nuestro negocio.

Jim *Culebra* y Scott Chase se sentaron ante la mesa. Y Scott Chase, aclarándose la garganta, dijo:

—El asunto es el siguiente…

* * *

John Dolan regresó a la oficina con un humor de mil diablos.

Howard estaba atendiendo al receptor mientras Matt paseaba por la estancia frotándose el cogote.

—¿Qué le pasa a Mary? ¿Por qué no me da una respuesta?

Dolan se despojó de la chaqueta y del sombrero, dejándolos en la percha, y ocupó la silla, ante su mesa de trabajo.

Howard se echó a reír.

—Eh, chico, el abuelo Grant se va a poner contento. Su hija Teodora acaba de tener el doceavo hijo. Por algo me parecía a mí que tenía cara de coneja…

—Enhorabuena —dijo John con voz lúgubre.

Howard pegó la tira de papel sobre otro de color azul y miró a Matt.

—¿Quieres hacerme un favor, muchacho? Vete a casa de Grant a llevarle el telegrama. De paso, te servirá de distracción. Apuesto a que cuando regreses, ya tienes aquí la contestación de Mary.

Matt aceptó el encargo a regañadientes y se marchó de la oficina.

Howard miró hacia el joven que se había puesto a trabajar en una carpeta.

—Eh, Johnny.

—¿Qué ocurre?

—Esos oficios ya los tienes clasificados.

Johnny cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa. Entonces el abuelo soltó una risita mientras arrugaba la nariz.

—No te salió bien, ¿eh?

—Esa chica es un alambre de espinos.

—Si yo tuviese una fábrica de esa clase de alambre, me haría millonario.

—Eva Wyatt pensó que yo le largaba mis dólares buscando una compensación de tipo geográfico.

Howard se pegó una palmada en el muslo mientras soltaba una risotada.

—Eso sí que es bueno.

—No me lo parece a mí.

—Te estoy diciendo que la chica acertó.

—¿Cómo? —dijo John, y se revolvió hacia el abuelo.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de tus propios sentimientos? La chica te ha puesto tarumba.

—¿De dónde sacas eso, abuelo?

—No hay más que verte para llegar a la conclusión de que por primera vez en tu vida te has enamorado. —¿Yo? No me hagas reír…

—No. Son cosas muy serias. A todos les llega la hora, muchacho, y la tuya sonó ya. ¿Qué mal hay en que lo reconozcas? Infiernos, eres un tipo de carne y hueso. Y he de agregarte otra cosa. Esa muchacha vale su peso en oro.

—Pero si es un demonio, abuelo…

—Sólo en apariencia. Tu propio sexto sentido te dice que bajo ese carácter belicoso de ella se encierra un lago de aguas tranquilas.

—¿Y hasta dónde tengo que descender para llegar al lago?

En aquel momento el receptor se puso a tirar cinta de papel.

Howard se puso a leer el mensaje que llegaba.

—Eh, muchacho. Aquí está la respuesta de Matt.

—¿Qué dice?

Howard leyó conforme llegaba el mensaje.

> «Muy emocionada por tus palabras. Estaré contigo hoy mismo. Te quiere tu Mary».

El abuelo se echó atrás en la silla.

—¡Bravo por Matt, lo ha conseguido! —dijo.

—Lo celebro por los dos —añadió Dolan—. Ellos se quieren.

—Sí, señor, no hay nada como el amor —dijo Howard, y observó de reojo a Johnny.

Éste captó su mirada y arrugó el entrecejo.

—Deja el amor quieto, abuelo.

—Claro que sí, muchacho, claro que sí. ¿Quién habla de eso?

John se puso a liar un cigarrillo y lo estaba encendiendo cuando Matt regresó de entregar el telegrama.

—Eh, chicos —dijo sonriente—. ¿Sabéis lo más bueno?

—¿El qué? —inquirió Howard.

—Grant se desmayó al recibir la noticia de que ha sido abuelo por doceava vez. Es para morirse de risa… Os lo juro. Se desmayó.
—Matt, ha llegado el telegrama para ti.

Matt dejó de reír al instante.

—¿Y qué es lo que dice Mary? Por lo que más quiera, suéltenlo ya.

—Tranquilidad, muchacho. Tranquilidad.

Howard cogió la tira de papel y se lo dio a leer. Matt la cogió ávidamente, con las manos temblorosas. De pronto gritó:

—¡Viene…! ¡Mary viene…!

Puso los ojos en blanco y se desplomó en el suelo, quedando despatarrado, completamente inmóvil.

CAPÍTULO XI

John Dolan vio aparecer por la ventanilla una cara de ojos saltones.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Quiero mandar un telegrama a una chica de Pasos Grandes.

—¿Nombre de ella?

—*Susan* Bombón.

—¿Bombón es un nombre? Lo digo por si se pierde el telegrama.

—Bombón es lo que le decía yo —dijo, y se relamió los labios—. Pero no se preocupe. Póngalo y verá cómo llega.

—¿Domicilio?

—*Saloon* La Alegría.

—¿Texto?

> «Me encargaron trabajo por trescientos dólares. En cuanto termine, me voy para allá a gastarlos juntos. Bombones para un bombón. Jim».

—Son cuatro dólares cincuenta.

—Ahí tiene, amigo, y gracias.

—No hay de qué.

El tipo de los ojos saltones se alejó de la ventanilla y Johnny cursó el telegrama.

Howard salió de la habitación estirando los brazos. Había dormido un par de horas.

—¿No te acuestas tú, Johnny?

—No. Prefiero ir al *saloon* a beber un *whisky*. Necesito un poco de distracción.

—Lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes? Y no empieces otra vez con esa chica.

—No he dicho nada, muchacho… No he dicho nada.

Pocos minutos después, Dolan entraba en el *saloon* cercano al hotel en donde se hospedaba Eva. Estaba llegando al mostrador cuando un hombre se dirigió a él.

—¿Qué tal, chico?

Era aquel Jim que había puesto un telegrama a Susan *Bombón*. Al llegar a su lado le dio una palmada en la espalda.

—Le invito a un *whisky*, Dolan.

—Gracias.

Jim *Culebra* hizo una señal al mozo quien puso dos vasos delante en los que escanció.

—¿Sabe una cosa, Dolan? —dijo Jim—. Usted tiene una profesión que debe de ser muy divertida.

—Según cómo se mire. También se dan malas noticias por telégrafo.

—Pero imagino que la cosa tiene su atractivo. —Jim apoyó el codo en el borde del mostrador.

Dolan fue a coger su vaso cuando de pronto Jim dijo:

—Eh, mire qué chica hay allí.

Dolan miró hacia la ventana que Jim señalaba y vio a la otra parte, en la acera, a Eva Wyatt que estaba hablando con Louis Garden.

Jim *Culebra* aprovechó aquella oportunidad para abrir el resorte del anillo que tenía en el dedo índice y un polvo blanco cayó en el *whisky* que correspondía al vaso de John Dolan. Era un veneno activísimo. En cuanto el telegrafista bebiese un trago, a los dos minutos empezaría a dar saltos como una anguila.

Johnny volvió a mirar a su interlocutor y éste le dijo:

—¿Se dio cuenta, Dolan? Esa joven lo tiene todo. Palabra que no he visto otra como ella desde la sequía del cuarenta y tres.

—No está mal.

—Vamos a brindar por ella —dijo Jim *Culebra*, y alargó la mano para tomar su vaso.

Dolan dijo:

—Espere… Fíjese en esa pelirroja.

Jim *Culebra* volvió la cabeza y vio a una mujer que bajaba por la

escalera que conducía al piso alto. Era una rojiza de unos veinticuatro años que poseía más pimienta en la carne que toda la que se pudiese cosechar en el valle de Tennessee.

—¡Canastos! —exclamó Jim *Culebra* haciendo un gesto de asombro.

Dolan cambió rápidamente los vasos. No le había pasado inadvertido lo que Jim acababa de hacer. Lo había visto reflejado en el espejo que había en el ángulo del techo, bordeando el local y que servía de adorno.

Culebra volvió la cara.

—¿Sabe una cosa, Dolan? No sabría con cuál quedarme, con la chica de fuera o con la de dentro.

—En ese caso brindemos por las dos.

Jim soltó una risotada.

—No está mal eso. Brindaremos por las dos. Sí, señor. Luego haremos el reparto. A lo mejor tiene suerte usted y le toca la que le gusta.

—La de fuera —dijo Johnny.

Los dos hombres hicieron entrechocar sus vasos y bebieron el contenido de un trago.

Jim sacó una bolsa de tabaco y papel.

—Oiga, Jim, no me ha dicho su nombre completo…

El traidor le miró con ojos malignos.

—Soy Jim Haynes, pero me conocen más por mi apodo.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Culebra.

Dolan rió.

—¿Quizá porque posee la habilidad de mover el cuerpo como una serpiente?

Jim se tocó la cabeza.

—No, no es eso. Se trata de que soy un tipo con unos pensamientos un poco tortuosos.

—Vaya, hombre… Pues debería usted mejorar.

—Quizá lo haga cuando me encuentre al lado de Susan *Bombón*.

Dolan dio un suspiro.

—Me temo que se va a demorar un poco.

—Oh, no. La veré esta misma noche. Pienso tomar el tren para Pasos Grandes dentro de un rato.

—Parece estar muy seguro.

—Claro que sí. Lo estoy tanto que ya compré el boleto. Me costó nueve dólares con noventa…

—Creo que hizo una inversión innecesaria.

—¿Por qué lo cree así? —dijo Jim, y de pronto su cuerpo se estremeció—. Eh, ¿qué me pasa?

Dolan lo miró fijamente.

—Se lo bebió usted, Jim.

—¿Cómo?

—El veneno lo tiene usted ahora en el estómago.

Jim *Culebra* abrió la boca haciendo una mueca de asombro.

—¿Qué está diciendo, Dolan? ¿De qué veneno habla?

—Del que echó en mi vaso. Yo lo cambié.

Jim *Culebra* se estremeció otra vez.

—Me está embromando, Dolan… Dígame que me está embromando…

—No, compañero. No me chanceo, pero no se preocupe. Al menos, ya no volverá a oír ese apodo suyo que a mí me parece muy feo.

Jim *Culebra* retrocedió pegando saltos, moviéndose a derecha e izquierda.

—¡El antídoto…!

—¿De qué antídoto habla?

—Coja patas de rana, póngalas a secar, macérelas hasta convertirlas en polvo, revuelva el polvo con aceite de foca, añada un poco de sal, trozos de hielo, agítelo todo y sírvamelo en una copa alta con una guinda.

—Lo siento, Jim, pero no tenemos ni ancas de rana ni aceite de foca…

La clientela se había puesto a mirar hacia aquel lado porque Jim *Culebra* ya era víctima de unos formidables tembleques.

De pronto se desplomó en el suelo y empezó a contorsionarse igual que una serpiente.

—Dolan… Me ha engañado… Me la pegó…, usted… No debí aceptar el encargo… Ya decía yo que me daría mala suerte…

Pegó un bote hacia arriba, y cuando quedó otra vez inmóvil, dio el último suspiro. El *sheriff* Flipman entró en aquel instante en el local y se quedó pasmado al ver al tipo que había en el suelo.

—Eh, ¿qué ha pasado aquí?

Johnny se agachó sobre el cadáver de Jim *Culebra*, le tomó la diestra y le quitó el anillo. Acercóse al *sheriff* y, enseñándole el anillo, apretó el resorte.

—Mire, *sheriff*. Este hombre intentó envenenarme. En esa cavidad puede ver el polvo que me destinaba para enviarme al otro mundo.

Flipman se rascó el cogote mientras componía una mueca de incredulidad.

—Demonios, Jim *Culebra* debió haber nacido en la Edad Media. Leí una vez que hubo una mujer en Italia llamada Pancracia Borgia, que se los merendaba con veneno…

—Jim *Culebra* estaba loco.

—Lo que no me explico es una cosa. ¿Por qué infiernos te eligió a ti? ¿Quién tiene tantos deseos de que mueras?

John meneó la cabeza.

—Es algo que también yo me he preguntado. Y le diré una cosa, *sheriff*. Se agotó mi paciencia. Lo sabrá muy pronto.

Dicho esto, John dejó una moneda sobre el mostrador y salió del *saloon*.

Detúvose en la acera al descubrir a Eva Wyatt que se hallaba enfrente, apoyada en el tronco de la encina que se levantaba delante del edificio comunal.

Fue hacia ella.

—Hola —la saludó.

—Hola —respondió Eva.

—¿Cómo le van las cosas, señorita Wyatt?

—Ya lo tengo solucionado. Peabody me contrató para trabajar en el hotel. En cuanto reúna el dinero suficiente para el boleto de regreso, me largaré de aquí.

—Por una parte lo celebro y por otra lo siento.

—Explíquese.

—Está la mar de claro —dijo él, y dio otro paso hacia la joven—. Me alegro porque usted ya puede tener un techo, pero al mismo tiempo me apena pensar que usted se tendrá que marchar.

—¿Cómo?

—Y, por favor, no me vaya a decir que me he vuelto a acercar a usted con el deseo de engatusarla.

Ella lo miró parpadeante.

—Su tono es sincero, señor Dolan.

—Desde luego, lo es. ¿Sabe una cosa? El abuelo abrió la cabeza y me hizo saltar el cerebro fuera… Sí, Eva. Contemplé con toda claridad mi pensamiento.

—¿Y cuál fue el resultado del examen?

—Algo verdaderamente sorprendente. Usted me gusta mucho.

—¿Cuántas le han gustado este año?

—No diga tonterías… Le estoy dando a entender que me he enamorado de usted. No sé por qué diablos se lo digo. Si hace media hora me hubiesen advertido que yo le estaría diciendo esto, le habría soltado un puñetazo en la boca.

—Es orgulloso, ¿eh?

—Tanto como usted —dijo él y se acercó un poco más.

Los dos quedaron muy próximos.

—Señor Dolan…

—¿Sí?

—Me está ocurriendo una cosa extraña… desde que me dejé caer por su oficina.

—¿El qué, Eva?

—Sólo pienso en usted…

Dolan sonrió.

—Dígame que eso es verdad…

—Se lo puedo jurar.

El la atrapó por la cintura, la atrajo contra sí, besándola en los labios.

De pronto oyeron una voz.

—¡Viva el amor! ¡Viva el amor!

Los dos jóvenes se separaron volviéndose hacia donde partían las exclamaciones.

Dolan hizo un gesto de asombro. Matt Milton avanzaba por la calle haciendo eses.

—¡Johnny, amigo mío! Por fin has encontrado tu costilla. ¡Viva el amor! Cada oveja con su pareja… ya lo dice el refrán…

Dolan salió a su encuentro.

—¿Qué has hecho, estúpido?

—He bebido a la salud de Mary, que vuelve conmigo…

—¡Pedazo de alcornoque! ¿Es que no te acuerdas por qué se

marchó de tu lado? ¡Porque bebías! —Dolan consultó su reloj—. Y dentro de un par de horas llegará el tren en el que ella viene. ¿Lo entiendes, Matt? Y tú estarás como una cuba…

Matt dejó de sonreír y al inclinarse hacia adelante estuvo a punto de caer, pero Johnny lo sujetó por los brazos.

—Cuando Mary venga y vea en el estado en que te encuentras, la perderás para siempre. ¿Lo entiendes, estúpido?

Los ojos de Matt se llenaron de lágrimas.

—Lo hice con buena intención, para celebrarlo… Te lo juro… Era la última vez, Johnny…

De verdad que era la última vez… tienes razón, soy el mayor imbécil del mundo…

Dio un tirón, desasiéndose de las manos de Dolan, y continuó su camino gritando:

—¡Miradme todos! ¡Estoy borracho!

Dio un traspié y se desplomó en el suelo gimoteando.

—Mary me dejará otra vez. Y será para siempre. ¡La he perdido, Johnny! Y he sido yo… ¡Yo! ¡Yo…!

Dolan hizo un gesto de rabia.

—Eva, ayúdame a llevarlo a la oficina.

Levantaron a Malt y le entraron en la oficina.

Howard se levantó de un salto.

—Eh, ¿qué pasa?

—Este muchacho ha cogido la mayor cogorza de su vida —repuso Johnny.

—¡Dios mío! ¿Es que se ha vuelto loco?

—Lo llevaremos al patio.

Howard abrió la puerta y Eva y Dolan condujeron a Milton a la parte trasera de la casa.

El esposo de Mary no dejaba de lamentarse.

—¡Soy un despojo humano! ¡Una piltrafa! ¡No me toquéis! ¡Os contaminaréis…! Lo condujeron a un rincón limitado por una valla. En la parte superior había una plancha de madera en la que descansaba un barril cuyos listones estaban húmedos.

—Apártate, Eva —dijo John.

Johnny sostuvo a Matt. Levantó la mano y tiró de una cuerda.

Instantáneamente cayó un diluvio de agua sobre Matt, que pegó un grito.

—¡Eso…! ¡Eso…! ¡Ahogadme…! ¡No merezco otra cosa…! ¡Gracias, amigos, gracias…!

¡Ahogadme!

CAPÍTULO XII

Scott Chase paseaba nervioso por la habitación.

—Maldita sea. También ese estúpido de Jim *Culebra* fracasó…

Garden sacudió la cabeza.

—Ya no contrataremos a nadie. Será cuenta mía. Tengo ganas de liquidar a ese fulano. Ahora tengo otro motivo para retirarlo de la circulación. Vi cómo besaba a la chica que quedó aquí anclada.

—¿Qué pasa con eso?

—Esa chica es para mí y no consentiré que nadie me la quite.

Todd soltó una risotada.

—¿Qué os parece eso? Y a mí me pegó porque me gustaban las hembras.

Garden le dirigió una mirada cargada de odio.

—Cierra la boca, Todd. Tú vas detrás de todas. A mí sólo me gusta Eva Wyatt. —Silencio— ordenó Chase. —Estoy pensando que no vamos a perder más tiempo con este asalto. De lo contrario, será un negocio ruinoso. Teníamos que caer por Saratoga para limpiar el Banco local y como sabéis había preparado el golpe para pasado mañana. Al se levantó de la cama.

—Así se habla, jefe.

Scott Chase se pellizcó una oreja y luego, con voz lúgubre, dijo:

—Asaltaremos el Banco dentro de una hora. Todos preparados. En cuanto al telegrafista, si se mete por medio, lo llenamos de plomo.

Garden habló:

—Estoy de acuerdo en todo, pero tengo que imponer una condición.

—La chica, ¿eh?

—Sí, jefe. Me la llevaré conmigo.

—Está bien, muchacho. Te la podrás llevar, pero no será con nosotros. Tendrás que tomar otro camino. Louis Garden sonrió.

—Yo opino que en todo puede haber un acuerdo. Le pagaré de mi parte quinientos dólares por consentir que la chica venga con la pandilla.

Chase se rascó instintivamente la giba.

—Está bien, chico. Acepto la oferta.

* * *

Matt estaba sentado en una silla tapado con una manta.

Eva salió de la habitación llevando una humeante cafetera.

Johnny tenía preparada la taza, y Eva la llenó con el brebaje.

Matt dio un respingo.

Howard palmeaba la cara de Matt, el cual se inclinaba a un lado y a otro somnoliento, con los ojos cerrados.

—Dejadme dormir, muchachos. Por lo que más queráis. Tengo mucho sueño.

—Anda, Matt, recuérdalo. Viene Mary. Despierta. Sólo falta media hora. La tendrás contigo.

—La he perdido para siempre. No la merezco. Ella es buena chica y yo un despojo. No os canséis, muchachos. Si salgo a recibirla me verá como una cuba y se marchará en el siguiente tren.

Matt hizo una mueca compungida, pero se puso a beber.

Johnny le cogió la barbilla para que apurase hasta la última gota.

—Será mejor que lo tengamos en la cama un rato.

—Se dormirá —dijo Eva.

—Lo despertaremos a golpes si es preciso. Vamos, Howard, ayúdame a llevarlo.

Dejaron a Matt en la cama. Éste dobló la cabeza y se puso a roncar.

El abuelo quedó junto al lecho y John salió fuera.

La joven se estaba limpiando la cara con un pañuelo.

—Eres maravillosa, Eva.

Dolan llegó hasta ella y la abrazó, besándola en los labios.

—Tú sí que eres estupendo, Johnny —dijo la muchacha.

—Y pensar que hemos perdido tanto tiempo discutiendo…

La besó otra vez y en ese momento se abrió la puerta y Rigges

entró en la oficina.

—Vaya, al fin consiguió plan con ella —dijo con rencor.

John dejó a la muchacha y echó a andar furioso hacia el agente de reses.

—¿Quiere que le zurre la cara?

Rigges saltó hacia atrás.

—Eh, muchacho… No me ponga la mano encima.

—Pídale disculpas a la señorita.

Rigges se pasó la lengua por los labios hinchados. Tenía un ojo completamente negro. El izquierdo. Titubeó un instante y luego se dirigió a la joven.

—Perdone, señorita Wyatt. La verdad es que no estaba preparado para verlos así —dio otro salto al ver el puño de John—. Eh, oiga, no hay mala intención en mis palabras.

—Eva y yo vamos a casarnos.

—No me diga. —Rigges sonrió—. Caramba, le doy mi enhorabuena. Las bodas me enternecen. —¿A qué vino?

—A mandar un telegrama a mi representante en El Paso. Se llama George Sullivan, calle Mayor 24. El texto debe decir así:

«No vendo una condenada res. Michael».

Johnny retransmitió el telegrama.

La puerta se abrió nuevamente y entró el *sheriff* Flipman.

—Eh, Johnny, quiero que transmitas un telegrama a mi colega de San Benito. El texto dice:

«Individuo descrito en su carta recibida hoy no se encuentra en nuestra ciudad. *Sheriff* Flipman».

Dolan transmitió el nuevo mensaje y se volvió al *sheriff*.

—¿A qué individuo se refiere, Flipman?

—Se trata de un tipo llamado Elias G. Olbey, de unos cuarenta años, moreno. Ya ha asaltado cinco Bancos, entre ellos el de San Benito. Ocurrió la semana pasada. El *sheriff* de San Benito, Tadeus Kenney, me pregunta en su carta si por casualidad no hemos visto por aquí a Olbey. Una tontería de Tadeus. ¿Cómo va a llegar por

aquí un tipo como ése?

Flipman hizo un saludo con la mano y salió de la oficina.

Dolan quedó un rato pensativo.

La voz de Rigges interrumpió sus ideas.

—¿Qué le debo por el telegrama, Dolan?

—Dos dólares veinticinco —dijo Johnny, y quedóse mirando el ojo negro de Rigges.

Rigges pagó y torció la boca.

—¿Está contemplando su obra?

—Sí, Rigges. Y creo que le voy a deber a usted mucho.

—¿Qué es lo que habla?

—Me gusta su ojo… Es estupendo.

Rigges parpadeó confuso.

—¿Se encuentra bien, Dolan?

—Nunca me he encontrado mejor. Y le repito, señor Rigges. Gracias por haber venido a enseñarme su ojo.

—Oiga, no vine a enseñarle mi ojo, sino a poner un telegrama. —Rigges retrocedió asustado—. Ya me voy.

Dolan se puso en pie y empezó a avanzar hacia Rigges.

—Vuelva cuando quiera. Tendré mucho gusto en recibirle. Se lo digo yo. Es usted un tipo simpático.

Rigges dio media vuelta y salió disparado dejando la puerta abierta.

Dolan la cerró y volvióse frotándose las manos.

Se dio cuenta de que Eva lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Crees que me he vuelto loco?

La joven tragó saliva.

—Bueno, has tenido unas cuantas emociones hoy. La pelea y los tiros te han excitado, y para colmo la preocupación por tu amigo Matt. Pronto se te pasará, Johnny, debes dormir.

Dolan rió.

—No, pequeña. No necesito dormir. Lo acabo de descubrir todo gracias al ojo de Rigges.

—No te entiendo, Johnny.

—Lo vas a entender en seguida, nena. Se trata del jorobado. Ese tipo que va comprando papeles para revenderlos…

—¿Qué pasa con él?

—La clave consistía en algo que yo mismo había visto pero no

sabía qué era. Rigges me ha dado la solución. Cuando vi la primera vez al jorobado tenía el trapo negro sobre el ojo derecho. Lo volví a ver hace poco y tenía el trapo negro sobre el ojo izquierdo.

—Oye, debe de ser una confusión tuya.

—No, Eva. Estoy seguro. A veces uno ve cosas que no les da importancia, quiero decir que no tuve en cuenta el juego del cubreojos cuando el jorobado estaba ante mí. La imagen quedó archivada en mi cerebro. Y ha sido ahora, al ver a Rigges, cuando se ha puesto en marcha el mecanismo. —Johnny se tocó la sien.

—Vamos a suponer que tienes razón.

—Muy bien. Vamos a suponerlo. —Dolan fue al lado de la joven y la tomó por el brazo. La situó en el centro de la estancia—. Dime qué ves.

Eva miró por la habitación.

—Tres mesas, cuatro sillas…

—No, aquí no, fuera.

La joven miró hacia la ventana, a cuyo través se veía la estación.

—Un andén, unas vías, una locomotora…

—Magnífico. Continúa.

—Un abrevadero, tres encinas —la joven fue girando hasta mirar por la ventana izquierda—. Una casa… Otra casa, otra casa.

—¿Qué es la segunda casa?

—El Banco —la joven abrió los ojos y repitió—. ¡El Banco! —Se volvió hacia Dolan—. ¿Piensas que el jorobado…?

—Sí, pequeña. Es jorobado de pega. Apuesto a que la giba es falsa igual que el ojo. Ya oíste a Flipman antes. Un maleante llamado Elias Olbey ha dado cinco golpes y uno en San Benito hace una semana. Ese fulano llegó aquí para meter mano a nuestro Banco, pero vio que en la estación telegráfica había un tipo con mucha puntería. Suponte que durante el asalto no tuviese más remedio que pegar tiros. Entonces el telegrafista, o sea yo, sin necesidad de salir a la calle, habría batido la puerta del Banco con mi revólver. Me los podría cargar uno a uno conforme fueran saliendo. Por eso me enviaron a los pistoleros. Querían retirarme de la circulación para realizar el asalto sin ningún impedimento.

Eva se dejó caer en una silla.

—¡Santo cielo, Johnny! Creo que conozco a los otros salteadores.

—¿Dónde están?

—En la habitación junto a la mía. Me encontré con unos cuantos tipos y uno de ellos era el rubio Louis Garden.

—Todo está claro ahora.

Eva saltó de la silla.

—Hemos de avisar al *sheriff*.

Dolan se tocó el revólver mirando al Banco, por cuya puerta salían dos viejos hablando entre sí.

—Yo tengo que quedarme aquí.

—Acabas de decir que no se atreverán a pegar el golpe mientras estés vivo.

—Eso era antes, pero me cargué al tipo que estaba en la marquesina, a Hollister y a Jim *Culebra*. Es posible que tal como están las cosas, se decidan a dar el asalto aunque esté vivo. No puedo moverme de la oficina por si acaso…

—Muy bien. Iré yo.

—Déjalo. Irá Howard.

—No, Johnny. El abuelo ha de quedarse aquí para echarte una mano.

—¿Howard? —sonrió Dolan—. Un chiquillo de doce años tiene más puntería que él con el revólver.

—Da lo mismo. Por lo menos hará bulto.

Eva acudió al lado de Dolan y poniéndose de puntillas, lo besó en la comisura de la boca.

—Ten cuidado, Johnny… Volveré en seguida.

—Sí, cariño —dijo él, y atrapándola por la espalda, unió su boca a la de ella.

Inmediatamente, Eva salió de la oficina para dirigirse a la del *sheriff*.

CAPÍTULO XIII

Scott Chase se miró al espejo.

—¡Maldición!

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Todd.

—He metido el remo.

—¿A qué se refiere?

—Mi ojo… Me equivoqué. —Scott se volvió hacia sus compañeros—. En lugar de ponerme el cubre en el ojo derecho lo hice en el izquierdo.

Al rió.

—Eso sí que resulta gracioso.

Scott le soltó un puñetazo en la mandíbula.

—Nadie se ríe de mí.

Al se fue contra la pared y se desplomó.

Scott Chase apretó los puños furioso.

—No comprendo cómo me ha podido pasar… ¡Todos sois una pandilla de estúpidos!

¿Por qué no me lo advertisteis?

Louis Garden respondió:

—Oiga, jefe. ¿Por qué le da tanta importancia al asunto?

—Porque la tiene, Garden.

—Yo le demostraré que no ha pasado nada. ¿Cuántos somos aquí aparte de usted?

—Cuatro hombres.

—Y todos lo miramos a la cara cuando se equivocó con el cubre. ¿Nos dimos cuenta alguno…? No, señor. Nadie lo notó.

—Eso es verdad.

—Pues ahí lo tiene. De la misma forma que nosotros no lo advertimos, habrá ocurrido con la demás gente.

Scott se rascó el cogote.

—Pero me vio ese muchacho, el telegrafista.

—¿Le dijo algo?

—No. En absoluto.

Garden esbozó una sonrisa.

—Ese chico no es tan listo como usted ha pensado. Admito que se le da bien con los puños y con el revólver, pero de inteligencia está a cero.

Scott se puso la giba.

—Esperemos que aciertes.

—No se preocupe. Todo irá bien.

El jefe de la pandilla miró a Al que se estaba levantando tocándose el maxilar.

—¿Estáis todos listos? Será mejor que echéis una ojeada a los revólveres.

Los cuatro hombres que lo secundaban examinaron sus armas, y cuando hubieron terminado, se quedaron mirando a Scott, el cual dijo:

—Os repetiré las instrucciones para que os las grabéis en la memoria y no haya ningún fallo. Saldremos de aquí de uno en uno. Garden y Bart se colocarán en la puerta del *saloon*, bajo el porche… Todd y Al estarán en la calle examinando los caballos que hay apersogados. Yo entraré en el Banco para ingresar quinientos dólares. Al minuto, Garden y Bart me seguirán. Nosotros realizaremos el trabajo. Todd y Al han de permanecer en aquel lugar evitando que seamos sorprendidos por la espalda. Tú, Todd, te acercas a la puerta y no dejas entrar a nadie.

Todd preguntó:

—¿Qué hay del telegrafista?

—Al vigilará permanentemente la estación del Telégrafo —miró al aludido—. Si te das cuenta de que el telegrafista se pone a husmear, le envías una ración de plomo.

—Ya estoy deseando que asome la cabeza.

—Está bien. No hay más que hablar. Cada uno a su sitio. Me encargaré de traer los caballos y de dejarlos frente al *saloon*. ¿Alguna pregunta?

Louis Garden dijo:

—Cuando salgamos del Banco yo me llegaré aquí por la

muchacha.

—Será cuenta tuya, Garden —dijo Scott—. Nosotros arrearemos por el camino que ya conocéis.

—No se preocupe, jefe. Los pillaré antes de que se hayan alejado seis miilas.

Scott rió sin decir nada. Garden iba a correr un gran riesgo por llevarse a aquella chica. Era muy posible que se lo cargasen en el pueblo, pero, si lograba darles alcance, tampoco habría solución para el muchacho porque él mismo lo mataría. Estaba ya harto de Garden y de sus cursilerías.

—Corriente, muchacho.

Primero salió del hotel Scott, quien, arrastrando su pierna, caminó hacía el Banco. Al llegar frente a la puerta se detuvo mirando hacia la oficina de Telégrafos. Tras el ventanal no vio a nadie.

Oyó a sus espaldas los pasos de Garden, quien fue a colocarse en el *saloon*. Poco después, Bart hizo lo mismo.

Al cabo de otros treinta segundos, apareció Todd y se puso a mirar a los caballos. Por último, Al salió también subiéndose los pantalones, bajó del entarimado y al llegar donde estaban los animales, se puso en cuclillas examinando los remos de un alazán.

Scott miró otra vez hacia la oficina del Telégrafo.

De pronto oyó los pasos de Garden.

—Espere un momento, jefe.

—¿Qué pasa, estúpido? ¿Por qué no te has quedado en tu sitio?

—Acabo de ver a la chica, ya sabe, a Eva Wyatt. Está a su derecha…

Momentos antes, Eva se dirigía a la oficina del *sheriff* conforme a lo acordado con John. Pero se había detenido al ver aparecer al jorobado, y según fueron saliendo del hotel los hombres, un escalofrío le fue recorriendo la espalda. Había buscado refugio junto a la entrada de un restaurante y desde allí espiaba el Banco y vio cómo se colocaban los individuos.

Vio también cómo Garden se acercaba al jorobado y le decía algo. Los dos miraron hacia el lugar en donde ella se encontraba y tuvo la impresión de que el corazón le dejaba de latir.

Tenía que avisar al *sheriff* con más urgencia que nunca. Hizo un esfuerzo y dando media vuelta echó a andar por la acera.

Ya se había alejado diez yardas cuando volvió la cabeza. Otra vez se detuvo al ver que Louis Garden avanzaba muy rápidamente hacia ella.

Continuó su camino apretando el paso.

—Señorita Wyatt —oyó la voz de Garden.

Ella no le hizo ningún caso. Debía echar a correr. Eso era lo aconsejable. Ya iba a hacerlo cuando de pronto una mano se posó en su hombro y dio un grito volviéndose sobresaltada.

Ante sí vio a Louis Garden. El rubio sonrió melifluamente.

—¿Qué tal, señorita Wyatt?

—Bien. Muy bien… ¿Y usted?

—Estaba deseando verla…

—Bueno, señor Garden, la verdad es que tengo ahora un poco de prisa. Ya nos veremos más tarde, ¿eh?

—¿Adónde va?

—A casa de una amiga.

—¿Una amiga? Creí que no conocía a nadie en este pueblo…

—Bueno, es la señora Smith. La conocí cuando llegué. Una gran señora.

—¿Sí? ¿Dónde vive?

La joven se había inventado la existencia de aquella señora Smith. Sonriendo, alargó el brazo hacia el fondo de la calle. En la penúltima casa a la izquierda se ubicaba la oficina del *sheriff*.

—Allí está la casa de la señora Smith.

—¿Se refiere a aquella casa pintada de rojo?

—Justamente.

—Muy bien. Yo la acompañaré.

—Oh, no, señor Garden… No es necesario que se moleste.

Garden la tomó por el brazo.

—No es ninguna molestia, señorita Wyatt. Ya le he dicho que tenía muchos deseos de pasear con usted… Ande, vamos a ver a la señora Smith.

La muchacha se mordió el labio inferior mientras se dejaba conducir por Louis Garden.

Al llegar ante el jardín que rodeaba la casa pintada de rojo, la joven tendióle la mano.

—Gracias por haberme acompañado, señor Garden.

La oficina del *sheriff* era la casa vecina a la pintada de rojo.

Había una valla pequeña que las separaba. Eva decidió pasar al jardín que tenía ante sí y luego saltar la valla.

—La esperaré aquí —dijo Garden.

—Oh, no puedo hacerle perder su precioso tiempo… Es posible que me quede una hora hablando con la señora Smith… No se puede imaginar, es una de esas mujeres que se ponen a hablar y hablar y no saben cuándo terminar.

—Bueno, en tal caso dejaré que haga su visita. Ya nos veremos luego, ¿eh?

De buena gana Eva hubiera dado un suspiro de alivio.

—Adiós, señor Garden. Nos veremos en el hotel.

Louis Garden hizo una inclinación y empezó a retroceder por la acera.

La joven entró rápidamente en el jardín y se dirigió al solitario porche de la casa pintada de rojo.

Se detuvo arriba y escuchó atentamente. Ya se habían dejado de oír los pasos de Garden. Entonces bajó los cuatro escalones y caminó hacia la valla que debía saltar para encontrarse en el jardín de la oficina del *sheriff*.

Se recogió la falda y las enaguas y pasó una pierna por encima y luego la otra. Ante sí tenía unos arbustos. Avanzó en cuclillas para que no pudiese ser vista desde la calle. Y de pronto, vio ante sí las piernas de un hombre. Levantó la mirada poco a poco y se quedó con la boca
abierta’ cuando
vio la cara sonriente de Louis Garden.

—Hola —dijo, con voz muy débil.

—¿Qué tal, señorita Wyatt?

La joven miró al suelo.

—Se me perdió un pendiente…

—Déjese ya de bobaditas y póngase en pie.

Ella hizo acopio fié valor y se levantó de un salto.

—Quítese de mi camino.

—Tu camino es el mío.

—Oiga, señor Garden, no sé de qué me habla y será mejor que me deje en paz.

—Salgamos de aquí.

—No pienso salir y si me toca empezaré a chillar.

Garden, sin dejar de sonreír, puso la mano en la culata del revólver.

—Oye, nena, me gustas un rato, no sabes cuánto, y he hecho muchos planes para el futuro, pero si me obligas a ello, meteré una bala en tu linda cabecita sin pestañear… —No se atreverá—. Prueba y verás.

Eva Wyatt se dio cuenta entonces de muchas cosas. Siempre había sido una mujer de genio. Ella misma lo confesaba. En sus relaciones con los hombres había llevado la mejor parte. Todos la ponían como ejemplo de carácter independiente, pero ¿qué le pasaba desde que había llegado a Rover Hill? ¿O sería mejor decir desde que conoció a John Dolan…?

Por primera vez, se sentía indefensa y necesitaba a un hombre a su lado, justamente a Johnny Dolan. En otras circunstancias, habría gritado, a pesar de la amenaza de Garden, pero ahora no. Ahora tenía miedo, algo que no había sentido nunca anteriormente.

Garden la cogió por el brazo.

—Vamos, ricura. Tenemos mucho trabajo. En el Banco nos esperan muchos miles de dólares y una parte de ellos nos van a servir para que iniciemos una vida maravillosa.

Eva miró al porche de la oficina del *sheriff* esperando que se abriese, pero eso no llegó a ocurrir.

Salieron a la calle y echaron a andar por la acera.

Los ojos de Eva vieron al jorobado que estaba cerca de la puerta del *saloon* y a los otros dos que estaban junto a los caballos.

¿Qué podía hacer Johnny sólo contra aquellos cinco hombres?

CAPÍTULO XIV

John Dolan se había situado contra la pared. De vez en cuando asomaba la cabeza hacia la cristalera desde la que se dominaba el Banco. Había visto salir al jorobado y a los demás hombres, pero no se atrevió a ir a su encuentro porque hacía tan sólo unos minutos que Eva había abandonado la oficina y tuvo miedo de que ellos se percatasen de que la joven se dirigía a la del *sheriff*. Pero luego, cuando vio que Louis Garden hablaba con el jorobado y que el rubio iba hacia la parte de la calle donde estaba la comisaría, no tuvo duda de que esa maniobra se debía a que la muchacha había sido descubierta.

Apretó los dientes rabioso. Las cosas se ponían feas. Howard salió de la habitación en donde Matt dormía.

—¿Qué pasa, chico? Te veo muy raro.

—Van a asaltar el Banco.

—¿Cómo?

—No te arrimes al ventanal o te volarán la cabeza de un balazo.

—Infiernos, hay que avisar al *sheriff*.

—Ni lo intentes. Eva se largó para eso. Pero me temo que a estas horas la han atrapado.

—Pero ¿quiénes son esos tipos?

—El jorobado, el rubio y otros tres. El camello es Elias Olbey. No hay tiempo para hablar, abuelo. Te quedas aquí.

—¿Y dónde vas a ir tú?

—A hablar con ellos.

—¿Hablar? ¿Te has vuelto loco?

Johnny se dirigió hacia la puerta.

—Espera, muchacho —dijo Howard—. Hemos de hacer algo para que no se salgan con la suya…

—Es justo lo que pretendo. Adiós, Howard.

—Canastos, lo dices como si te fueras al otro mundo.

Johnny le dirigió una sonrisa y salió fuera.

Al llegar a la esquina de la oficina se detuvo mirando hacia el Banco. El jorobado y sus hombres lo miraron. Los dos que estaban junto a los caballos movieron las manos hacia las pistolas.

Johnny separó los brazos del cuerpo y echó a andar muy despacio junto a la pared, hacia la esquina de la casa que había a la izquierda. Llegado allí se detuvo y dobló la cabeza.

Vio avanzar por la acera a Eva y a Garden. El rubio llevaba a la joven del brazo.

Garden descubrió también a Dolan e instantáneamente saltó detrás de la joven.

Los transeúntes se dieron cuenta de que algo feo se cocía y empezaron a buscar refugio. John oyó la voz del jorobado.

—Eh, telegrafista.

—¿Qué quiere, Olbey?

Elias Olbey, alias Scott Chase, dio tal respingo que la giba le asomó por el cogote.

—¿Sabe también mi nombre?

—Claro que sí.

—Maldita sea… Ha estado haciendo investigaciones.

—Se equivoca. Todo fue obra de la casualidad. Oiga, Olbey. Quiero transmitirle un mensaje.

—¿Por Morse?

—No, de viva voz.

—Ande, dígalo.

—Reúna a sus hombres y empiecen a largarse.

Olbey se echó a reír.

—Usted es un estúpido. Yo no puedo abandonar algo que he preparado con tanto interés.

—Usted es un payaso, Olbey. ¿A qué venía ésa giba y ese ojo tapado? Dicen que por la boca muere el pez y es lo que le ha pasado a usted.

La calle había quedado ocupada tan sólo por los personajes que protagonizaban aquella escena.

Olbey se echó a reír mientras se quitaba de un tirón el trapo negro que le cubría el ojo.

—Bien, Dolan Fuera disfraces. Ha llegado la hora de la verdad.

Johnny miró por el rabillo del ojo hacia la izquierda. Garden seguía escudándose en Eva. Sintió un hormigueo en los pies. Si aquellos tipos sacaban el revólver y disparaban, lo matarían como una res, porque no tenía posibilidad alguna de defenderse.

Olbey lo señaló con el dedo.

—A usted lo vamos a escabechar primero y luego haremos el trabajo. Después de todo, creo que Al tenía razón. Estos negocios hay que resolverlos a punta de revólver.

Al soltó una risotada.

—Déjemelo a mí, jefe.

De pronto, Eva pegó un codazo en el estómago de Garden, quien lanzó un grito, ahogándose. Luego, la joven tomó por el brazo al caballero del Sur, y pasándolo por su hombro lo volteó limpiamente por encima de su cabeza. En ese instante, los forajidos echaron mano a los revólveres.

Durante una fracción de segundo, John había quedado asombrado al ver lo que hacía Eva.

Ahora él podía entrar en acción.

Saltó a un lado mientras desenfundaba como una centella.

Al fue el primero en disparar, pero su bala sólo hizo esquirlas en la esquina de la casa ante lo que un segundo antes se encontraba el joven. Johnny empezó a transmitir con plomo un mensaje de muerte.

La primera letra de plomo fue para Al, que parecía el más despierto en el uso de las armas.

Al recibió el impacto en la frente y se derrumbó hacia atrás sin emitir un solo grito de protesta.

Johnny disparó sobre Elias Olbey. El plomo le mordió justo en el ojo izquierdo, el causante de que Dolan hubiese descubierto la identidad del forajido. La cuenca quedó horrorosamente fea porque el globo salió escupido.

Elias Olbey dio una vuelta sobre sí mismo y chocó contra la pared del Banco que pretendía asaltar.

La tercera bala que salía del revólver de Dolan fue para Bart. Lo pilló en una mala postura y el plomo se le incrustó en el esternón.

Bart se puso a toser, pero sólo logró escupir sangre y, lanzando aullidos, se abatió de bruces en el polvo donde quedó inerte.

Mientras tanto, Garden no había estado ocioso. Después de golpear con sus huesos el entarimado se revolvió con ira, y atrapando a la joven por un tobillo, dio un tirón de ella derribándola en el suelo.

A continuación, desenfundó y sus labios sonrieron al ver que Johnny estaba de perfil y que tenía un blanco seguro.

—¡Cuidado, Johnny! —gritó Eva.

Dolan saltó otra vez hacia un lado y mientras cruzaba el aire, hizo dos disparos. La primera bala mordió en el brazo de Garden y por ello perdió puntería. La segunda le entró por las fosas nasales matándole en el acto. La calle quedó silenciosa durante unos instantes.

Johnny se puso en pie y echó a correr hacia el lugar donde se encontraba Eva. La ayudó a levantarse y la abrazó fuertemente contra su pecho besándola en los labios.

El *sheriff* Flipman y su ayudante llegaron trotando.

—¡Infiernos! —exclamó Flipman—. ¿Qué ha pasado aquí?

Johnny se separó de los labios de la mujer.

—Tiene que mandar muchos telegramas, *sheriff* Y por cada uno recibirá una felicitación.

—¿Por qué, muchacho? Anda, dímelo antes de que me vuelva loco…

—El jorobado era Elias Olbey.

El *sheriff* estuvo a punto de desmayarse, pero su ayudante lo sujetó por la cintura, diciendo:

—Valor, jefe, valor.

En la estación entró un convoy dando pitidos.

—Caramba —exclamó Johnny—. En ese tren viene Mary, la esposa de Matt… ¡Vamos, Eva!

Echaron a correr cogidos de la mano. Al llegar ante la oficina vieron salir a Howard.

—Gracias a Dios —dijo el abuelo—. ¡Estáis sanos y salvos!

Johnny miró hacia uno de los vagones y vio descender de él a Mary Milton.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. Hay que sacar a Matt. Ya tenemos ahí a Mary.

—Aquí estoy —dijo Matt, desde la puerta.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

—Creo que sí —dijo, y estuvo a punto de caerse.

El abuelo gimió:

—El muy estúpido todavía está borracho…

Matt apoyó una mano en la pared, respiró profundamente y echó a andar.

Mary Milton gritó:

—¡Matt…! ¡Mi Matt!

El marido continuó su camino tieso como una vara y, por fortuna para él, su mujer se le echó en los brazos llorando y riendo. Matt la abrazó contra sí y besó en el cuello y en la oreja.

—Querida… Querida Mary…

—Oh, Matt… Es maravilloso —dijo Mary—. Has bebido un vaso para celebrarlo, ¿verdad que sí, querido? Para celebrarlo…

Matt estaba demasiado emocionado para decir sí con la boca y se limitó a hacer un movimiento afirmativo y luego la abrazó más fuerte.

Mary se separó de él y dijo:

—Anda, Matt, vamos a casa… A nuestra casa…

Howard, Eva y Johnny siguieron mirando a la pareja hasta que desaparecieron por la esquina del andén.

—¿No ha resultado estupendo? —dijo Howard, y al volverse hacia los jóvenes, descubrió que ellos también se estaban besando —. Demonios, ¿será la primavera?

En ese momento pasó por el andén una mujer de cabello muy rubio y el abuelo Howard observó el movimiento de las caderas femeninas.

—Sí —dijo, rascándose el cogote—. No cabe duda. Es la primavera.

FIN